

MONTEVIDEO, JUNIO 7 DE 1903. AÑO VII.—NÚM. 273.

taste ante el altar y con él las leyes que debemos á Dios?

—Sí,.... contestó la joven lentamente. Lo sé y lo siento, pero no puedo evitarlo. No volveré á vivir con mi marido, aunque me abandones. Pero.... ¡Lionel de mi alma! me quieres demasiado para dejarme ¿verdad?

—Sí, sí, Bibiana, contestó Lionel con voz ronca, es demasiado tarde para detenernos.

Y una terrible lucha del deber contra el amor se empezó á trabar en su alma.

De repente alzó la cabeza, y con los ojos fijos en su amada le preguntó:

—¿Me amas tanto Bibiana, que estás dispuesta á sacrificarlo todo por mí?

—Sí, bien mío, desearía que el sacrificio pudiera ser mayor.

—¿De modo que abandonas riquezas, lujo?...

—Y hasta mi vida daré por tu amor, exclamó la condesa sin dejarlo concluir.

Entonces ambos jóvenes se abrazaron, se oyó un apasionado beso, y aquellas dos almas fueron arrastradas por la misteriosa senda que teniendo su principio donde nacen las flores, va á morir entre las llamas del fuego eterno.

CAPÍTULO XXIX

Lionel se vió transportado por la pasión del momento á la mayor de sus desdichas. Sólo veía que la mujer más bella, la más apasionada de Inglaterra, se había arrojado á sus pies, rogándole que la amase, y cuando la vanidad, Lionel tenía mucha, se apodera de nosotros, no hay nada que no se olvide, mucho más si va unida á alguna idea de amor.

No era extraño, pues, que impresionado Lionel por la ardiente pasión de la condesa, sólo pensara en la felicidad con que ésta le brindaba, y cuando la joven le manifestó sus deseos de ir á Italia, acogiera con agrado la proposición, conviniendo poco después, emprender el viaje aquella misma noche.

—Dentro de dos horas debemos partir, ahora voy á ocuparme de preparar el equipaje, y pasado ese tiempo volveré á buscarte, amor mío, dijo Lionel y salió inmediatamente.

Concluidos los preparativos para el viaje, el joven penetró en el primer hotel que encontró á su paso. Ardíale la frente como si experimentara intensa fiebre, y en medio de la gran excitación en que se hallaba, turbado el cerebro, cegado por la influencia que el amor de la bella española ejercía sobre él, escribió aquella terrible carta, cuya lectura puso á la dulce compañera de su vida al borde del sepulcro.

Sin embargo, no desconocía Lionel que al escribir aquella carta llevaba á cabo una incalificable infamia. ¿Cómo podía ocultársele que al abandonar á la más amante y fiel de las esposas, abandonaba también á la cariñosa madre de sus hijos? Su conciencia se rebelaba contra la nefanda acción que cometía y tanto lo comprendió así que claramente lo demostraba al escribir aquella frase de «Me hundo en la obscuridad de la muerte».

Cuando acabó de escribir, después de media hora larga, con temblorosa mano dobló el infame papel y lo colocó en un sobre depositándolo en el correo. Luego subió por la calle que lo conducía al hotel donde estaba Bibiana, y era tanto su desasosiego, que antes de entrar tuvo que detenerse debajo de los árboles.

—¡Oh! Lionel de mi alma, murmuró la joven al ver regresar á su amante. Me sienta muy abatida, sé muy bueno conmigo.

El tono dolorido con que pronunció la condesa las anteriores palabras, conmovió á Lionel aún más que la pasión que le demostraba la joven, y al estrecharla entre sus brazos, murmuró en sus oídos con dulzura:

—Seré más que bueno, Bibiana mía, te lo prometo.

—¿Qué nos reservará el porvenir? pronunció la condesa con trémulo acento.

—¡Amor!... ¡Siempre amor!... repuso Lionel apasionadamente.

Y ambos amantes salieron del hotel y entraron en el carruaje que los esperaba en la puerta, dando órdenes para que los condujeran á la estación.

Ya en el tren y al ponerse éste en movimiento, iban más y más unidos y compenetrados, con la cabeza siempre erguida, orgullosos de su espléndido amor, pero á la vez, sin saber por qué, sentíanse abrumados por un temor inexplicable.

De pronto la condesa estrechó entre las suyas una de las manos del joven, y dirigiendo una mirada á la ciudad, exclamó:

—Ahora, ya es imposible volver atrás.

—Sí, imposible, repuso Lionel mirándola con amor. ¡Quién sabe lo que nos aguarda mañana!

—¡Mañana! balbuceó la condesa con ternura. Lo has dicho antes; nos amaremos tanto como nos amamos hoy. Sí, Lionel de mi vida, quiéreme con toda tu alma, como yo te quiero á ti.

Tuvo Lionel que dominarse para no prorrumpir en un grito de júbilo y con mucha pasión contestó:

—¡Te amo; y te amo tanto que tu amor me consolará de todo! ¡No hay nada más que tú en el mundo para mí! ¡Eres tan buena, Bibiana, me haces tan feliz!

La condesa nada le contestó, lo miró con ternura, y después apoyó la cabeza en el hombro del joven.

CAPÍTULO XXX

¡Cuánto te amo, amor mío! murmuraba dulcísimamente la condesa, mientras Lionel, recostado sobre la borda del vapor «Princesa Beatriz», distraído, contemplaba la blanquísima espuma levantada por el buque al cortar las tranquilas aguas del canal, en su majestuosa marcha con rumbo hacia el puerto de Calais.

La noche era hermosísima, y el mar estaba tan sereno que más bien parecía un inmenso lago. Suave brisa rizaba la superficie de las tranquilas aguas, y la luna que acababa de salir era tan llena, tan clara, que anegaba todo el mar con su pálida y argentina luz. Sobre cubierta no había más pasajeros que los dos amantes, quienes sentados á la popa, contemplaban silenciosos la ancha estela de plateada espuma que en su marcha dejaba tras de sí el buque; y era tanto el amor que allí se respiraba, tanta la quietud y dicha, que Bibiana, exclamó con arrebato:

(Continuará).

—¡Ah! Lionel de mi alma, nunca mi corazón soñó con la dicha que goza en estos momentos. ¡Es tan dulce viajar sobre un mar tranquilo acompañada de lo que más ama uno en la vida!;... pero óyeme, Lionel, no sé por qué, quisiera que este viaje fuera interminable, desearía que el mundo fuese todo el mar... Sí,... un mar inmenso, infinito, porque la playa me asusta.

El joven nada contestó, pálido, con la mirada vagando de un lado á otro, fijábala ya en la reluciente estela que dejaba el buque, ya en las caprichosas espirales que formaba el humo al salir de las chimeneas. Hallábase agobiado bajo el peso de su propia conciencia, y pasados los primeros momentos de apasionada excitación, acudió á su mente sin que pudiera arrancarlo de ella, el recuerdo de la familia que acababa de abandonar; y allá, en lo más profundo de su alma, representábasele la desolada imagen de Leonor, abatida, sin consuelo, por la lectura de su infame carta.

Entregado estaba á estas reflexiones, cuando la condesa, mirándolo con todo el amor que su alma era capaz de sentir, le preguntó:

—¿En qué piensas, Lionel? Varias veces te he hablado y parece como si no me oyeras. ¡Oh! amor mío, si continúas así, voy á tener celos del mar, de la luna, en una palabra, de cuanto nos rodea; porque mira, Lionel de mi alma, ahora que soy completamente tuya, no quiero dejar de participar ni del menor de tus pensamientos.

El joven dirigió una vaga mirada á la condesa, y en su pálido semblante se retrató una expresión de terrible angustia.

—Lionel, repitió la hermosa Bibiana con ansiedad. ¡Dime por Dios! ¿En qué piensas?

—Perdona, amor mío, repuso Lionel, como si despertara de un sueño; después continuó al mismo tiempo que se pasaba la mano por la frente:

—Estaba pensando...

—¿En qué? interrumpió la condesa con impaciencia.

Pero Lionel no contestó de pronto, sólo hizo un movimiento con la cabeza como para indicar á su amada que se esperase; temía que la voz le hiciera traición, poniendo de manifiesto toda su angustia.

Erguida y con el amor retratado en el semblante aguardaba Bibiana la respuesta, y sin saber por qué, rehuía mirarlo, intensísimo dolor agitaba su corazón, y presentía que algo terrible iba á salir de los labios de Lionel.

Al fin, palideciendo aún más, abandonó Lionel su actitud ensimismada, y casi inconscientemente, sin reflexionar apenas, pronunció lentamente y con voz muy baja pero clara, estas terribles palabras:

—Pensaba, Bibiana de mi alma,... en mi mujer y mis hijos.

Hubo algunos segundos de terrible silencio. Mirábalo la condesa inmóvil, fija y con una expresión de espanto indescriptible. En el primer momento, Lionel quiso mitigar en lo posible el efecto causado con sus palabras, pero luego, poco á poco pudo observar la densa palidez que cubrió el rostro de la joven. A la tenue luz de la luna que la hería de lleno, parecióle ver en aquellos divinos ojos, un algo así como si Bibiana hubiese perdido la razón.

Lentamente y á medida que transcurrían los segundos, ambos jóvenes comprendieron toda la extensión de su desdicha, y, cuando Lionel, asustado por la expresión de desvarío que observaba en el semblante de Bibiana, quiso mitigar en lo posible el efecto causado con sus palabras, cogiéndole las manos exclamó con vehemente pasión.

—Bibiana, mi adorada Bibiana... Vuelve en tí.

Pero ella lo miró otra vez y sin contestar, una amarguísima y extraña sonrisa apareció en sus labios; luego, con voz casi imperceptible repuso:

—¿Has oído decir que puede perderse la razón á causa de la luz de la luna?... ¡Ah! Lionel, eso me está pasando á mí ahora.

Y una nueva sonrisa apareció en sus labios aún más amarga y lúgubre que la primera.

—Bibiana, mi amor, exclamó el joven con espanto. Ten calma... Tranquilízate, enfermarás si no te dominas.

—Más vale morir que volverse loca, repuso Bibiana amargamente. Sí, es la luna... la luna cuya luz siento que pesa sobre mi cerebro.

Lionel, confundido y hondamente impresionado, estrechó á la joven contra su pecho. Comprendía que el corazón y cerebro de su amada, vacilaban á causa del terrible choque que acababa de experimantar y ante el temor de que perdiera por completo la razón, la acarició con ternura, besándola en los ojos como si fuera una niña.

Estremecíase á cada segundo la condesa y un ligero temblor recorría su cuerpo haciéndola agitarse como si percibiera lúgubres visiones. Por fin levantó la cabeza y clavó sus ojos de fuego en el rostro de Lionel, quien le dijo con dulzura:

—Bibiana, querida mía... Sosiégate, estás muy agitada y tus nervios experimentan una tensión muy fuerte. ¡Descansa vida mía!

—No, no necesito descanso, y con la sonrisa del moribundo que anhela la muerte, recobrada su voz que respiraba bondad, continuó: ¿Es cierto lo que me has dicho? Lionel

—¿Qué? preguntó éste como si no quisiera comprender.

—Que pensabas en tu mujer y en tus hijos.

Lionel dudó un segundo antes de contestar, pero al fin repuso con lentitud:

—Sí, Bibiana, pensaba en mi mujer y en mis hijos.

—¡Tu mujer! ¡Tus hijos! exclamó la joven con terror. ¡De modo que no es locura mía!... ¡Ah! Dios mío, ¿por qué me castigas de esta manera?

Y la desgraciada condesa prorrumpió en amargo llanto.

—Vamos, vida mía. No te atormentes así... es muy cierto que al huir contigo he abandonado á mi familia, pero ¿no has dejado tú también á tu marido?

—No, Lionel, es completamente distinto, exclamó Bibiana tristemente. Mi marido es viejo, achacoso, nunca lo amé, tampoco él me ama; y,

(Continuará)

sobre todo, Lionel, ¿donde están los hijos que yo abandono? Mientras que tú...

Lionel, confundido, bajó la cabeza para ocultar su turbación; pero Bibiana, que sin duda se había propuesto apurar todo aquel cáliz de amargura, continuó diciendo:

—Quiero, Lionel, que aunque me causes la muerte, me digas la verdad. ¿Amaste á la mujer que hoy es tu esposa? ¿La amaste? repitió la condesa con una entonación de voz indefinible.

El joven, aunque débil y malvado como hasta entonces había sido, no se atrevió á manchar más su alma con una nueva mentira; pero á Bibiana, que debido al mucho amor que le profesaba tuvo la esperanza de escuchar una negativa, le pareció que un puñal le había atravesado el corazón. Por un instante experimentó una sensación profunda, todo se anubló ante su vista y poniéndose las manos sobre la frente, de pronto gritó desolada:

—¡La amaste, Lionel! ¡la amaste! Oye, Lionel, continuó Bibiana tranquilizándose á medida que hablaba. Te amaba con tal locura, con tal frenesí, que mi amor sólo podía ser comparado con la idolatría que siente el indio señalado para víctima de un dios cruel y sanguinario. ¡Como él, mi amor se prestaba dócil y sumiso á sacrificarse por tus menores caprichos; pero ¡has sido tan infame al ocultarme tu estado, que me hiciste creer que era yo la primera y única mujer á quien habías amado en el mundo!

—Reflexiona, Bibiana, murmuró el joven, que apenas podía ocultar su emoción, que yo nunca te dije semejante cosa.

—Sí, es verdad, repuso la condesa al cabo de un instante. Nunca lo dijiste con palabras, pero lo demostrabas diariamente; pues qué ¿crees que te hubiera amado al conocer la verdad? ¡Oh!... ¡nunca!... ¡nunca! ..

—Pero ¿por qué es mi acción peor que la tuya? preguntó el joven con sentida voz.

—Ya te he dicho que es completamente distinto. ¡He abandonado á mi marido!... verdad, pero entre él y yo no existió nunca ni un átomo de amor, mi corazón era todo tuyo, porque, Lionel, te amaba con toda mi alma.

—Claramente veo ahora, Bibiana, que he sido un miserable al engañarte, pero cuando comprendí que me amabas, mi vanidad...

—Sí, ¡tu vanidad!... ¡Y por ella has destrozado mi corazón! ¡Ah! Lionel! ¡Qué mal me pagas el cariño, el inmenso cariño que por ti he sentido! Pagas con tu desamor el sacrificio tan grande de mi honra. Lionel, eres un malvado que merecías que te odiara.

—Pero, Bibiana, por Dios, piensa sólo en que teniendo mujer é hijos me hallo aquí.

Pero la joven, sin hacer caso de lo que le decía su amante, le interrogó:

—¿Cómo es que teniendo tu familia en Dunwold, ibas á Londres y permanecías allí tanto tiempo?

—Iba á negocios, contestó Lionel sinceramente.

—¿Y tu mujer dónde estaba?

—Mi esposa, con pretexto de tener que atender á los niños, nunca quería venir conmigo.

—¿Y por qué te quedabas tanto tiempo?

—Esa pregunta puedo contestarla con mayor facilidad, exclamó el joven demostrando mucha pasión. Me quedaba por ti, sólo por ti, vida mía!

—¡Ah! Lionel, ¡cuán feliz me hubieras hecho antes con esas palabras! pero hoy... hoy que he perdido toda fe en ti, no puedo creerlas. Me has mentido tan bien, me decías tan dulces palabras, que despertaste en mi un amor tan puro, tan grande como jamás sintió ninguna otra mujer en el mundo; pero me has engañado; de saber la horrible verdad que ahora sé... ¡oh! ¡más valiera no nacer, que haber nacido para amar demasiado!

Y la desconsolada y desgraciada joven prorrumpió en amarguísimo y copioso llanto.

Entonces Lionel no trató de consolarla, comprendía cuán incapaz era en aquellos momentos de contener la tempestad que reinaba en el alma de la infortunada Bibiana.

—Te amaré siempre, Lionel, continuó la joven con palabras entrecortadas, porque no podré arrancar de mi corazón el mucho cariño que por ti siento; pero mi fe, mi confianza en ti han muerto para siempre; sí, Lionel, te confié todos los secretos de mi alma, y tú en pago de tanto amor, sólo has tenido para mí mentiras y engaños.

—¡Perdóname, Bibiana de mi alma! ¡He sido un infame! Pero... ¡no ves cuánto te amo! exclamó el joven con entrecortado aliento y puestas las manos sobre el corazón para contener sus latidos.

La condesa guardó silencio y sus vagas miradas se fijaron en el ancho muelle de Calais, donde acababa de atracar el vapor.

CAPÍTULO XXXI

No bien hubieron llegado á Calais, cuando la cubierta del buque se vió llena de pasajeros que se disponían para desembarcar.

—Estamos en Calais, querida mía, murmuró Lionel. Si quieres comer algo, tenemos tiempo, todavía falta media hora para que salga el primer tren que va á París.

—No, ahora no podría comer nada; además, tengo que hablarte y como dices que aún contamos con media hora, dirijámonos hacia la playa; allí estaremos solos.

Lionel obedeció á su amada, le ofreció el brazo y ambos se encaminaron á la orilla del mar. La luna llegaba en aquel momento al cenit, y al derramar su luz sobre las cristalinas aguas, asemejábase el mar á un inmenso lago de azogue, puesto en continuo movimiento por las pequeñas olas, que caminando impulsadas lenta y pausadamente por la suave brisa, rompían sobre la finísima arena. Quizás la quietud y calma que reinaban en playa tan solitaria, influyeron en el ánimo de la condesa quien conmovidísima, cogió el brazo de Lionel, y sintió éste, que se lo estrechaba contra su corazón. Anduvieron luego un gran trecho al azar, pareciendo que la desgracia que ambos sentían, los arrastraba sin rumbo fijo.

—Oye, dijo por fin Bibiana. El mar me parece una tumba inmensa donde yacen enterrados mi amor, mi esperanza y mi vida. Te perdono,

(Continuará).

AÑO VII

LA ALBORADA

NUM. 273

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Junio 7 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

UN FALLO SENSACIONAL--1:175.000 pesos oro de indemnización

Últimamente se ha fallado en última sentencia, después de mucho tiempo de litigio ante los tribunales del país en todas las instancias, el juicio que seguía por difamación y calumnia y daños y perjuicios contra las compañías de seguros de vida «Sud América» y «New York», el señor Casimiro Castro.

Este ruidoso pleito, sostenido con tesón por ambas partes desde hace algunos años, ha preocupado la atención pública durante todo ese largo lapso de tiempo, no sólo por la importancia de las partes acusadas y de la cantidad de dinero reclamada como indemnización, sino por la cantidad de personas que han tomado parte en él por una ú otra razón, ya como acusadores y acusados, ya como defensores y defendidos.

Los lectores recordarán las causas que motivaron este juicio, que acaba de ser fallado, sin apelación, de una manera completamente favorable para don Casimiro Castro. Este señor, como agente en esta ciudad, de las susodichas compañías de seguros, había adquirido un buen plantel de asegurados, por los cuales aquéllas tenían que abonarle la comisión correspondiente, bastante respetable, si se tiene en cuenta que el señor Castro lograba presentarles asiduamente una buena cantidad de ellos.



Don Casimiro Castro

Sea el deseo de cortarle á este agente tan activo sus pingües resultados, sea el haber creído las compañías que este señor buscaba medios ilícitos para la obtención de tantos suscriptores de seguros, y, por consiguiente, de los correspondientes beneficios, el hecho es que un buen día aparecieron aquéllas acusándole ante la justicia, en una forma que á todas luces se creyó en el primer momento era abrumadora para Castro. El hecho, como es consiguiente, impresionó pavorosamente á la ciudad entera. Aquéllas contaban á todos los vientos, incluso al de los Tribunales, toda una espeluznante novela con escenas que no le iban en zaga á las de los *Misterios de París*, á los de *Londres*, y á las de todos esos novelones que ruedan asustando por el mundo.

Casimiro Castro no se amilanó por eso. Sostuvo en una decidida réplica el abrumante catafalco de acusaciones, y tan bien lo hizo, que pudo barajar la pelota y devolverla. No solamente destruyó todos los cargos ante todos los juicios que se le presentaron dejando á la parte contraria en una situación difícil, no sólo para su defensa sino moralmente ante la opinión, que esperaba que se confirmasen sus *j'acusse* sensacionales, sino que á su vez llevó á los tribunales su contraacusación por difamación y calumnia, por daños y perjuicios. Y fué para él un nuevo triunfo. Todos los fallos le fueron favorables. La parte contraria había perdido terreno totalmente. La última sentencia de la justicia había sido dictada; don Casimiro Castro pedía, en total, la cantidad de un millón ciento setenta y cinco mil pesos oro. Pero como á los perdedores les pareció dicha cantidad exorbitante, se nombraron dos árbitros para que sentenciasen sobre el asunto. Pero los árbitros estaban discordes á su vez. Mientras don Arturo Lerena, en una extensísima sentencia, llena de explícitas consideraciones, se declaraba en favor de las pretensiones de Castro, don Ovidio Grané la firmaba discorde. Y en vista de esto entró como árbitro tercero é inapelable de su juicio, don Julio Muró, que confirmó lo que había dicho al respecto don Arturo Lerena. Así es que ahora don Casimiro Castro se halla completamente triunfante, acreedor de las compañías por la respetable cantidad de un millón ciento setenta y cinco mil pesos oro, que sólo falta hacer efectiva. Desde que este señor inició el juicio contra aquéllas, prometió, una vez victorioso, donar en su mayor parte dicha cantidad á varias casas de beneficencia de Montevideo.

En próximos números ampliaremos la información presente sobre tan sensacional asunto.

Los bombones

No hace muchas noches, nos hallábamos en la redacción de cierto periódico, reunidos varios compañeros de la prensa. Ya se sabe que la *eterna* pesadilla, entre los que emborronamos cuartillas, se concreta, por lo general, en dos puntos: mujeres y literatura. Aquella noche concedimos prioridad á las hijas de Eva, entre y sobre las cuales giró, durante mucho tiempo, la conversación «caliginosa» *per se* y «abrasadora» *per accidens*.

—Voy á referiros,—dijo uno,—la siguiente aventura, ó como queráis llamarla, en que jugaron papel importantísimo unos bombones, y que no deja de tener gracia en el desenlace de la cosa. Se garantiza la veracidad de esta historieta.

—¡Venga de ahí!—contestamos todos, mientras él empezaba así:

—«Era una tarde lluviosa y destemplada de Noviembre. Aunque domingo (día que para nosotros es un lunes), tuve que hacer la infor-



Norte América.—Una fumadora de opio

mación de siempre, y, terminada ésta, cansado y calado de agua hasta los huesos, decidí meterme en el primer café que encontrase. Abrí la puerta del primero que encontré, levanté el grueso *portier* que la cubre y recibí en el rostro una impresión agradabilísima de aire caliente, y preparéme á tomar asiento en cualquiera de las mesas, en la más próxima. No era esto fácil; el café se hallaba de bote en bote, sin que hubiese una sola silla ni un diván desocupados. Miré, busqué; todo inútil. Preparábame ya á salir nuevamente á la calle, cuando el camarero me dijo:

—«Señorito: en aquella mesa, con el permiso de la señora y señorita que la ocupan, puede usted tomar el café.

«Maquinalmente me dejé conducir por el camarero, entre un laberinto de sillas, hasta la mesa indicada y, previo un saludo de elementalísima cortesía, tomé asiento. Ya entonces pude fijarme en mis dos vecinas. Una señora entrada en años, con el pelo casi blanco y vestida de negro; tipo clavado de la pensionista y mezcla de burguesa y cortesana: era la madre. A su lado con los ojos fijos en el mármol de la mesa, estaba la niña: criatura deliciosa en la edad seductora de los diez y ocho, con una carita de nácar, un pelo de ébano y unos ojazos buzcones tan negros como las penas y tan alegres como un despertar de primavera. Largo tiempo estuvimos silenciosos; ella, mirándome á hurtadillas; yo, descaradamente: por fin, la orquesta empezó á tocar el popular dúo «Los patos», y esto me dió ocasión de romper el hilo disertando extensamente sobre la música zarzuelera, sus bellezas, su popularidad, etc., etc. Total: que juntos salimos del café y que pocos días después ya era el novio consentido por la madre y con todas las prerrogativas que esto representa.

«Ya sabéis que nosotros, enemigos de romanticismo en la materia, nos mostramos en estos asuntos fieles y adeptos de la escuela «positivista»; por lo tanto, huelga decir que sitié la plaza y establecí el bloqueo.

«Lo que yo deseaba era un beso... Pedíselo, pues, en una ocasión favorable.

—«¡Luis, por Dios!...

—«¡Tontina mía! Y ¿quién lo va á saber?... ¿Quién llegará con sus miradas adonde nosotros paladeemos el néctar dulcísimo, la embriaguez ideal, divina, de un amoroso y dulce beso? ¿Dudas de mí, acaso?...

«El final de este diálogo fué el triunfo más completo. Ella accedía; sólo faltaba desembarazarse, durante un breve momento, el suficiente para dar un beso, de la madre, y para ello convenimos en darla un narcótico dentro de un bombón preparado convenientemente.

«Compré, en efecto, unos bombones; puse en uno de ellos esencia de cloral, lo marqué con la uña para distinguirlo de los otros, y á la noche siguiente me presenté, según costumbre, en la casa. Previo el obligado saludo, saqué del bolsillo unos bombones, di uno á mi adorada, otro á su madre, y, para despistar en absoluto, yo tomé un tercero. Los dos, muy juntos, esperábamos los efectos del narcótico. Efectivamente: á los pocos instantes la buena señora roncaba á pierna suelta. Estalló el codiciado beso....

. . . .

«Pensando iba yo en el maravilloso resultado de un bombón narcótico y bendiciendo su preciosa ayuda en ciertos momentos, cuando al entrar en mi cuarto, y empezar á desnudarme y dejar el reloj en la mesa de noche, no pude evitar un grito de sorpresa. Allí ante mis ojos, estaba el bombón rayado con la uña; de modo que, por lamentable olvido, llevé en el bolsillo precisamente los que carecían de toda sustancia ajena á su natural composición. ¿Y aquel sueño profundo por nada interrumpido?... Yo, señores, aún no he podido explicármelo».

Y entonces otro compañero puso apropiado final al caso, diciendo:

—¿Olvidáis esa propiedad de muchas mamás, que se denomina *narcotización espontánea?*

Fernando de URQUIJO.

Remembranzas

Recuerdas ¡oh dulce Mignón! de aquel luminoso mediodía estival cuando—bajo el umbrío palio de los sauzales—tu pálido poeta desgranaba—ante la dulzura de luz de tu mirada—la flora roja de sus madrigales?

El sol fundía sus oros gloriosos en la seda



Victoriano Sardou, célebre dramaturgo

azul de los cielos; y en las nubes resplandecían celestes blancores.

Vestías de blanco; y tú misma, se diría, eras vagorosa nube que aprisiona una estrella; rosada gema que se enciende en la albura impecable del plumón.

Los sauces inclinaban sus lacias cabelleras desfallecientes, sobre la linfa sonora del río; y por el solemne silencio del boscaje, se sentía la fuga de nuestras horas blancas.

—

Era de noche. La brisa nocturna rimaba sus quejas, en la espesa folia de tus rosales en flor. La luna esparcía su cenicienta palidez de fantasma, en un ambiente de misterios, de perfumes y de vagas soñaciones. Por la arena dorada del sendero llegaste á mí,—como el resplandor albísimo de una celeste nieve—como una ideal oceánide—á través del polvo de plata de un ensueño místico.

Y entonces, ¿recuerdas, oh dulce Mignón? tu pálido poeta—floreció en tu alma—las rosas litúrgicas de sus amantes deliquios—y cantó á tu oído—en el diapasón epitalámico de hijo de Caliope—el rosado poema de su amor infinito.

De tu seno—níveo cáliz de azucena—voló una mariposa negra, que fué presagio y que fué símbolo. Te pusiste pálida, y tu alma se llenó de angustias. No temas, te dije, es Dolor que huye.

Javier S. BRINGAS.

Córdoba, Mayo de 1903.

La llegada de los chilenos--La recepción oficial



Vista general de la comandancia — Banda del 3.º que tocó el himno chileno á la llegada de los delegados

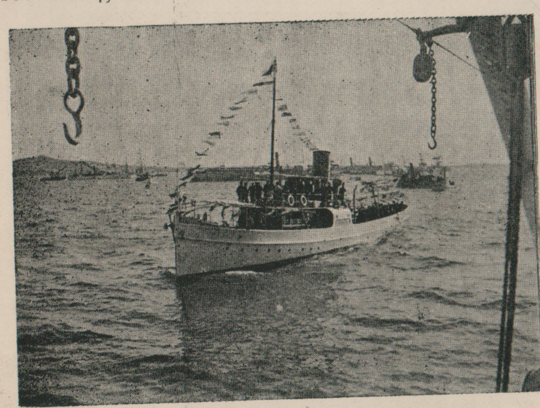
Terminados en Buenos Aires los deslumbrantes festejos que mantuvieron á esa ciudad en una continua algazara, por espacio de diez días, en la mañana del martes de la corriente semana llegó á nuestro puerto la distinguida delegación, recibiendo una fraternal acogida de las autoridades y pueblo uruguayos.



El vapor «Ingeniero» conduciendo la delegación

Desde las primeras horas del día una concurrencia extraordinaria empezó á afluir á los muelles de nuestra aduana que lanzaban miles de personas á los diferentes vapores encargados del servicio.

Los buques de la carrera, *Venus*, *Buenos Aires* y *Colombia* se llenaron de distinguidas familias de nuestra sociedad, que pacientemente, y en medio de una conversación animada y entretenida, esperaban la llegada de los acorazados chilenos. La bahía, surcada en todos sentidos por las empavesadas embarcaciones lastradas la mayoria con grupos selectos de nuestro sexo bello, agitaba con cariño sus ondas, cuyas audaces espumas destruían la *toilette* de sus elegidos. Tal vez quisieran *mojar* como uno de tantos, en la fiesta nacional que se preparaba.



El vapor «Ingeniero» llegando al muelle oficial



Los doctores Ramírez y Zorrilla de San Martín esperando la llegada



Grupo de concurrencia en la cubierta del «Venus»



Delegados chilenos momentos después del desembarco



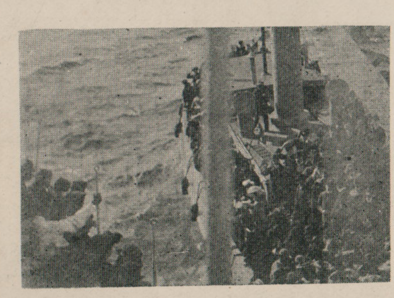
Comisión oficial frente á la Comandancia — El general Vázquez presenciando la llegada



Capitán Luis Artigas contestando al Dr. Ramírez



El doctor Ramírez dirigiendo la palabra á los delegados



Vapores «Cacique» y «General Lavalleja»



La delegación chilena acompañada del elemento oficial poniéndose en marcha hacia el Hotel



Oyendo el himno chileno

Insts. de Ramón Blanco.

Actualidad extranjera

Las fiestas celebradas por el pueblo italiano con motivo de la visita del soberano inglés á las ciudades de Roma y Nápoles, han revestido el mayor brillo que pueda imaginarse. El yacht real británico *Victoria and Albert* proveniente de Siracusa, entró al puerto de Nápoles á las 9 y 20 del día 23 de abril, seguido de doce acorazados ingleses, colocándose entre el *Liguria*, comandado por el duque de los Abruzzos, y el *Marco Antonio Colonna*. El rey Eduardo, apenas entrado con su *yacht* en el amplio arsenal, fué cumplimentado á bordo por el príncipe real de Portugal, duque de Braganza, y poco más tarde por el duque de los Abruzzos, uniformado de capitán de fragata, quien le dió la bienvenida en nombre del rey Víctor Manuel. Recibida la visita de la comisión militar puesta por el rey de Italia á disposición de Eduardo VII, éste, con un deslumbrante uniforme de almirante, se trasladó á bordo de los barcos *Amelia* y *Saphire*, donde se hallaban respectivamente la reina de Portugal y dos jóvenes príncipes alemanes, salidos de Nápoles con el fin de visitar al de los Abruzzos en su nave *Liguria*. A las 4 y 30 bajó á tierra la real comitiva, trasladándose en carruajes descubiertos hasta el palacio del Museo Nacional. El día 25 el rey Eduardo visitó el Museo de San Martino, que regiamente adornado presentaba un aspecto maravilloso. Pasó después á bordo del *yacht Amelia*, junto con la reina Amelia de Portugal, improvisándose al rato una visita á Campodimonte y una gira por la ciudad, durante la cual fué calurosamente aplaudido.



El rey Eduardo y la reina de Portugal desembarcando en el arsenal de Nápoles

En la noche efectuóse en el San Carlos un extraordinario espectáculo de gala; á él llegó el rey de Inglaterra en su propio *yacht*, atravesando la sala del Círculo Unión. A las 9 y 40 presentóse con su uniforme de almirante en el palco real, en medio de las grandes ovaciones que el público le tributaba. A su izquierda tenía al duque de los Abruzzos, y las autoridades italianas á la derecha.



La plaza de Termini á la llegada de su majestad Eduardo VII

Después de prolongadas fiestas y recepciones de todo género, el rey Eduardo abandonó á Nápoles en forma oficial en la mañana del lúnes 27, partiendo de la estación marítima en el tren real, al cual se habían agregado los coches reales ingleses, llegados de Inglaterra por la vía de Módana. La salida de la comitiva fué una entusiasta demostración, á la que el rey, vestido de almirante, contestó llevando continuamente la mano á la cabeza.

El convoy, escoltado por el director general del Mediterráneo, com. Oliva, llegó á la estación de Termini, en Roma, á las 3 en punto. Víctor Manuel lo esperaba en la estación.

Los dos soberanos, conmovidos, se abrazaron y besaron tres veces, cambiando breves palabras. La banda de los granaderos tocaba el *good save the king*, mientras el rey inglés saludaba á los duques de Aosta, de los Abruzzos y de Génova, y al conde de Torino. Uno de nuestros grabados reproduce la plaza de Termini, donde el síndico y la junta de Roma dieron, en nombre de la capital, la bienvenida al huésped real.

A las 3 y 30 el cortejo, continuamente aclamado, llegaba al Quirinal, donde Eduardo VII saludó cariñosamente á la reina Elena, aclamándola por su belleza; la obsequió profundamente y le besó la mano.

En la plaza una muchedumbre impaciente, irrefrenable, aclama insistentemente.

En los balcones se aparece Eduardo VII, teniendo á sus costados á la pareja real italiana.




Encuentro del rey Eduardo VII con la reina Elena en el Quirinal

El entusiasmo del pueblo es indescriptible y el soberano inglés se entretiene largo tiempo en admirar aquel espectáculo extraordinario.

Las fiestas continúan; las recepciones se multiplican.

El 28 de abril dióse todo por terminado, con la grandiosa representación de «Rigoleto», cantado por Marconi en el Teatro Argentino.

—El 25 de abril colocóse en Venecia la primera piedra del campanario de San Marcos. Por la importancia de la construcción, esa fecha solemne será recordada en la historia veneciana como una de las más faustas.

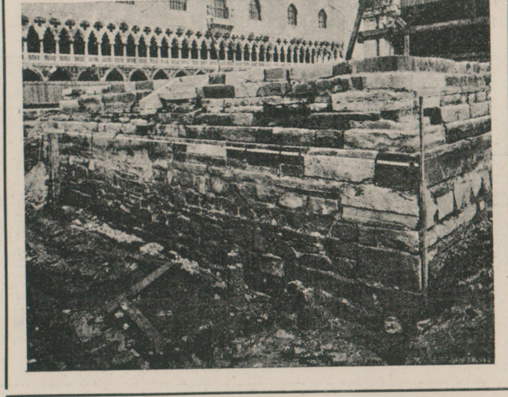
En nuestra información aparecen dos vistas de dicho acto.



Colocación de la primera piedra del campanario de San Marcos

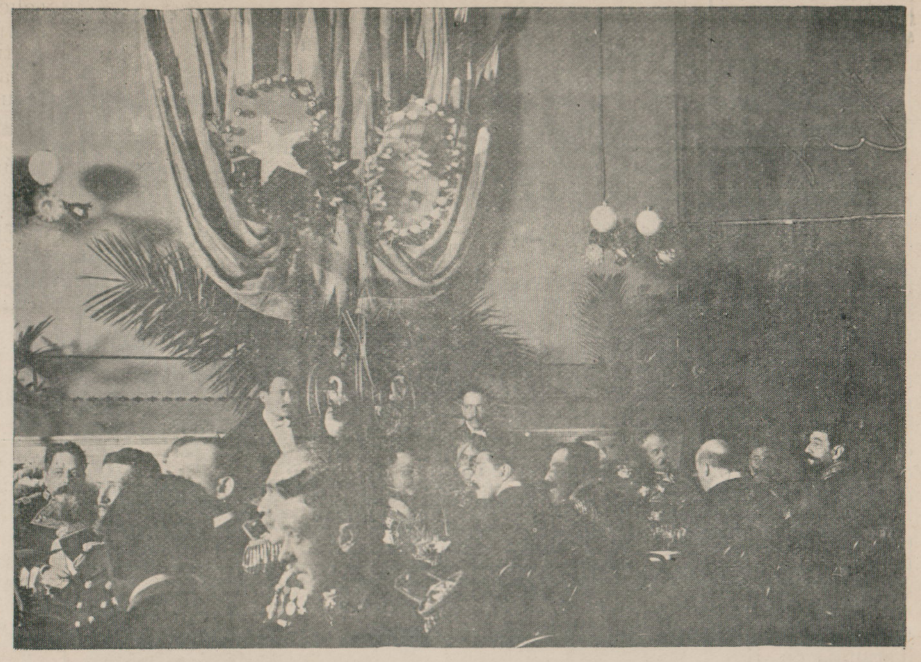
La obra se va á levantar en el mismo lugar del antiguo campanario, derrumbado en la mañana del 14 de julio 1902. Fué un pensamiento feliz escoger el día de San Marcos para la solemne ceremonia. San Marcos es el querido protector de la ciudad; San Marcos, á cuyo nombre los venecianos promulgaron las sabias leyes que le valieron el antiguo poderío y el respeto de las demás naciones en los años de guerra y turbulencia de la Edad Media; en cuyo nombre combatieron por el triunfo de las ideas cristianas; en cuyo nombre surgió en 1848 y se opuso á un Imperio, como en 1509 se había opuesto contra media Europa en la Liga de Cambray.

San Marcos fué siempre símbolo de esperanza y orgullo para Venecia.



Restos del antiguo campanario

El almuerzo en el Hotel Oriental



Durante el almuerzo

Inmediatamente después de efectuado el desembarco de los delegados trasandinos, púsose en marcha la comitiva hacia el Hotel Oriental donde se sirvió el almuerzo ofrecido por el señor ministro de la guerra, general Eduardo Vázquez.

Los comensales tomaron la siguiente colocación: en la cabecera el general Vázquez y á su derecha los señores vicealmirante Jorge Montt, teniente general Máximo Tajes, general S. Vergara Alvarez, general Salvador Tajes, capitán de navío L. Artigas, cónsul general de Chile, capitán de fragata L. G. Carreño, coronel Monegal, teniente coronel J. Larrain Alcalde, doctor L. Piñeyro del Campo, sargento mayor J. B. Lira, coronel Juan P. Barriola y edecán de la Presidencia.

A la izquierda del general Vázquez tomaron asiento los señores ministro argentino doctor Mariano Demaría, contralmirante J. Muñoz Hurtado, general O. Rodríguez, capitán de navío M. Aguirre, secretario de la Legación argentina



Oficiales de guardia en la Comandancia de Marina el día de la llegada

Solano Torres Cabrera, doctor Pedro Figari, jefe político coronel J. Bernassa y Jerez, teniente coronel M. Bari, doctor Ramírez, capitán A. Méndez, jefe de la Academia Militar, coronel Lamas, coronel Escabini y edecán de la Presidencia. En el lado interior de la mesa, ocupó el centro el ministro de Relaciones doctor Romeu, teniendo á su derecha al Encargado de Negocios de Chile señor Larrain Irarrázaval, al del Ecuador, sargento mayor Guillermo Dublé, comandante de Marina coronel I. Bazzano, teniente coronel Luis Altamirano y secretario del vicealmirante P. de Arce. A la izquierda tenía al capitán de fragata G. García Huidobro, secretario de la Presidencia Román Freire, jefe de Estado Mayor coronel Segundo Bazzano, cirujano mayor Alberto Adriasola, contador mayor S. Vidaurre y coronel Cándido Robido.

Al destaparse el champagne el general Vázquez ofreció el banquete en un inspirado discurso, que fué contestado en frases elocuentes por el delegado general Vergara. Hablaron seguidamente el ministro de Relaciones Exteriores doctor Romeu y el señor Larrain Irarrázabal, Encargado de Negocios de Chile.



Avenida de Mayo.—Coche que conduce la corona de bronce á la pirámide de Mayo



Buenos Aires.—Hotel donde se hospedaron los chilenos

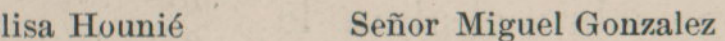
Boda

Celebróse en la ciudad de Mercedes, en la noche del 18 del pasado, el enlace de la señorita Elisa Hounié con el caballero Miguel González Sampayo. La ceremonia fué un verdadero acontecimiento social por el brillo alcanzado, debido á las vinculaciones y simpatías que cuentan en la sociedad mercedaria los nuevos desposados.

A la hora indicada penetró la pareja en el templo, llamando la novia justamente la atención por su belleza y elegante *toilette*. Seguíale el siguiente cortejo: señor Antonio González Roca y su señora; señor Dalmiro Egaña y señora Ramona E. de González Sampayo; señor Alejo Hounié y María H. de Costa; señor David M. Silveira y señora Luisa S. de Hugo; señor Arturo Costa y señora Paulina M. de Perera; señor Dionisio Viera y su señora; señor Bernardino Chans y señora Ramona M. de Costa; señor Eduardo Nebel y señorita Nilda Viera; Señor Francisco Costa y señorita Florencia Leonard; señor Juan Manuel Alzaga y señorita Florencia Pérez; doctor Pereira Núñez y señorita Julieta Hounié; señor José Chifflet y señorita Catalina Hounié; señor Teodoro Hounié y señorita Isabel Fleurquín; señor Inocencio Mendivil y señorita Dominga Hounié; señor Estanislao Nebel y señorita Esther Ponce, señor Pedro Hounié y señorita Celedonia Gullot; señor Francisco Burghi y señorita Julia Perera; señor Eduardo Perera y señorita Adelina Warren; señor José Segú y señorita María González Sampayo; dsctor Salvador Burghi y señorita María Luisa Costa; señor Rufo Guerrero y señorita Clotilde Warren; señor Marcelino Hounié y señorita Juana Hounié; señor Rafael Costa y señorita Juana Seuanez; señor Pedro Hounié y señorita Amanda Puyo.



Señorita Elisa Hounié



Señor Miguel Gonzalez

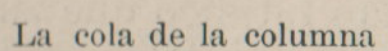
En casa de los esposos Hounié-Lavite, padres de la novia, hubo después una animada fiesta, bailándose en sus salones, arreglados con gusto y distinción, hasta altas horas de la madrugada.

Club "Vida Nueva"

EL METING DEL DOMINGO



La cola de la columna





La cabeza de la columna

En la tarde del pasado domingo recorrió nuestras calles el meeting con que el Club «Vida Nueva» protestaba de los sucesos cometidos en Rivera durante la pasada insurrección nacionalista. La manifestación esencialmente silenciosa organizóse en las calles 18 de Julio y Yi, componiendo su columna 2,000 personas aproximadamente. A su frente flameaba una bandera nacional á la que seguía la Comisión Directiva del «Vida Nueva», y un grupo de personas expectables en las filas del partido colorado.



Estela

¡Todo es frágil y vano!

Como la niebla pálida que se alza lentamente en las tardes azules, y viaja hacia el Infinito insondable, así pasan los sueños de felicidad, sueños confusos que dejan sólo un recuerdo adormecido, vago, que se esfuma luego en la noche profunda del olvido.

Verdes como la Primavera son las esperanzas vivas, y la miel de su savia es filtro de consuelo, de energía, de piedad; amarillas y mustias son las esperanzas muertas, y la esencia que despide el polvo marchito de sus hojas, es fruto de amargura, de tristeza, de hastío!..

Como las ondas de un manantial purísimo, huyen las ilusiones diáfanas y corren á perderse tumultuosas en el oscuro lago del Ensueño; las ilusiones iban como bandada perseguida de gaviotas, levantan el vuelo fugitivo en la brumosa tarde de la vida, cuando la canción que los álamos cantan: ya viene sobre el alma la noche del Dolor, noche sombría, que antecede á la aurora del sepulcro!

Las cenizas de las cartas amadas se disipan al soplo de los vientos, y vuelan como pétalos de flores negras, embriagando el ambiente con la magia seductora que guardan; y la magia se extingue también!...

Hoy... ¡después de que supe tu perjurio... he quemado las tuyas!...

Cuando iba á levantarse la llama que habría de consumir todas las ternuras escritas que tu pluma liviana quiso trazar para mí, intenté extinguir la hoguera, y salvar mi tesoro maldito: pero... mi mano culpable se abrasó en las llamas del incendio, como se había abrasado mi corazón en el fuego de tu perfidia.

Como una tenue ala gris voló mucho tiempo un pedazo de papel quemado, que vino luego á caer supersticiosamente sobre la cartera que guarda tu retrato; en el fragmento de la ceniza mustia se veían grabadas con signos rojos, estas palabras turbadoras: «un beso de la que siempre será tuya.—*Estela.*»

—

¡Todo llega y pasa!
¡Todo pasa y muere!

Después... extraje del fondo del cofre donde ocultaba tus prendas queridas, las flores marchitas que iba á devolverte, aquellas flores fragantes que vivieron una tarde sobre tu pecho, como vivió un día mi cariño sobre tu alma ingrata; el polvo seco de los pétalos caía como una lluvia vaporosa de reminiscencias tristes: las hojas amarillas parecían quejarse de tu ingratitud!

Sólo estaba encendida aquella rosa pálida que tú besaste emocionada cuando por primera vez confesaste que me amabas. El beso de tu traición la había tornado roja, muy roja! Y esa flor es la única que te envío: recíbela! El remordimiento debe tener color de sangre!

Y la sangre de los poetas heridos por un amor cruel, se condensa en estrofas tristísimas, impregnadas de ajenjo, estrofas que caen dolorosamente sobre el alma de las mujeres perjuras, de las mujeres ingratas! Es una fuente inagotable de venganza, de tortura, de hiel!!

¡¡El Dolor es inmortal!!

J. I. VARGAS VILA.

Baladas lúgubres

LAS MOSCAS

Yo soy la mosca azul. La primavera
Pintó mis alas del color del cielo,
Nacida en un rosal de la ribera
Una tarde de abril tendí mi vuelo.
Vengo toda impregnada del perfume
De la flor que en el valle se consume,
Y de la suave brisa que murmura,
Refresca á la pradera que se abrasa
Y después va á perderse en la espesura...
—Pasa, pasa!
—Yo soy la mosca verde. Los ardores
Del estío que quema me engendraron;
Mi ser lo formó el polen que las flores
Al céfiro gentil abandonaron.
Soy el insecto del amor fecundo
Que eternamente vivifica al mundo.
De la pasión la savia quemadora
Cuando me acerco, al corazón afluye;
Yo de la vida soy generadora...
—Huye, huye!
—Yo soy la mosca negra. Dióme vida
La descomposición de un organismo
Y con una atracción desconocida
Me atrae de la muerte el hondo abismo.
Soy insecto fatídico que zumba
En las fauces abiertas de la tumba.
Voy del anfiteatro al cementerio
Do el gusano voraz se multiplica;
Yo te daré la muerte en el misterio...
—Pica, pica!

MANUEL PUGA Y ACAL.

Guadalajara.

Un bibelot

Después del gigantesco golpe de bolsa que lo hizo millonario, Rosenthal, el obeso banquero de rostro apoplético y patillas coloradas, pensó en descansar, en gozar de su fortuna. Compró un magnífico hotel en uno de los barrios más aristocráticos de la capital, con espléndidas cocheras que llenó de variados y lujosos coches y hermosos caballos de raza. Para amueblarlo puso á contribución los más afamados talleres: juegos de muebles de variados estilos y colores, cortinajes riquísimos, esculturas de artistas famosos, bronces soberbios, floreros japoneses, delicadas porcelanas de Sevres y de la China, mesitas de laca, mosaicos de Florencia, terracotas valiosas, cuadros de Watteau y Goya, Meissonier y Durand: todo en fin cuanto puede sugerir la imaginación se reunió en abigarrado conjunto en el espléndido palacio del Rey de la Banca.

Pero cuando todo el arreglo estuvo terminado, y fué á tomar posesión de su regia morada, notó Rosenthal que algo faltaba en ella, algo que le diera animación y vida. Pensó entonces en casarse. Sí; le hacía falta una mujer que hiciera los honores de la casa y á quien pudiera lucir, cargada de joyas, por teatros y paseos

¿A quién elegiría? Como él nunca había pensado en otra cosa que en cambios y valores, esta nueva *negociación* le pareció muy complicada. ¿A quién elegir? Ese era el problema.

En tan duro trance, como un rayo de luz, iluminó su tenebrosa imaginación el recuerdo de Lulú, la preciosa morenita de ojos negros y trenzas de ébano, la hija de uno de los arruinados en la gigantesca negociación que lo había hecho millonario.

Por un momento pensó en la inmensa diferencia de edades que había entre los dos: él tenía sesenta años bien cumplidos y ella diez y ocho escasamente; pero muy luego, mediante ciertas reflexiones, encontró su elástica conciencia de burgués la tranquilidad que le era habitual: él la sacaba de la miseria, la daba lujo y riquezas; ¿no quedaban así compensados sus numerosos inviernos y su falta de atractivos?

Formado ya su juicio de ese modo, no se tomó el trabajo de enamorarla: se dirigió directamente al padre, y, como entre hombres de negocios es muy fácil entenderse, muy pronto quedó todo arreglado: el padre otorgaba la mano de Lulú, y él, en cambio, le cancelaba la deuda.

No se tomó en cuenta la voluntad de Lulú: tratándose de salvar á su padre ella no se opondría: ¡era tan buena Lulú!

Y Lulú no se opuso, y fué á hacer compañía á las estatuas y terracotas de la casa del banquero.

—

Lulú, la forjadora de idilios, la incorregible lectora de Alfredo de Musset, se muere, se muere lentamente asfixiada por los inmensos cortinajes y rodeada del lujo más estravagante, como un pájaro cautivo en una jaula de oro.

¿La veis? Ahí, tras los vidrios de la ventana, se distingue su rostro pálido y moreno; ahí está ella, fija la mirada en el espacio, aburrida de su papel de *bibelot* y sintiendo la nostalgia de los amores sin pan...

CARLOS LEDGARD.

Mayo de 1903.



Paraná-Guazú.—Un paisaje

Los festejos á los chilenos





El desfile de la artillería

El programa de los festejos preparados para agasajar á los chilenos no se pudo cumplir en todas sus partes.

Al primer día de su llegada, el martes, se redujeron casi los festejos, pues el miércoles amaneció lloviendo copiosamente y el vivac y desfile de las tropas, así como las carreras en Maroñas, quedaron anuladas por completo.

Después del desembarco de los chilenos y de la recepción que hubo en la Casa de Gobierno, desfilaron por delante de ella, en cuyos balcones se hallaban el Presidente de la República, los delegados chilenos y concurrentes á la recepción, los batallones de guarnición en la capital. Enseguida, en una veintena de coches, los delegados y los miembros del Poder Ejecutivo salieron de paseo por las principales calles de la capital.

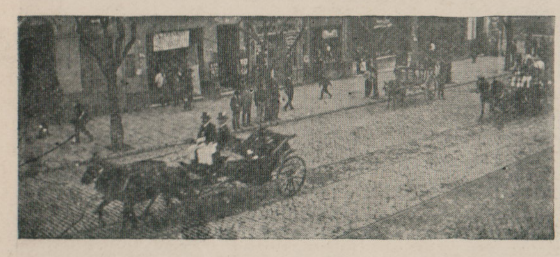


El presidente de la República y el almirante Montt paseando por las calles

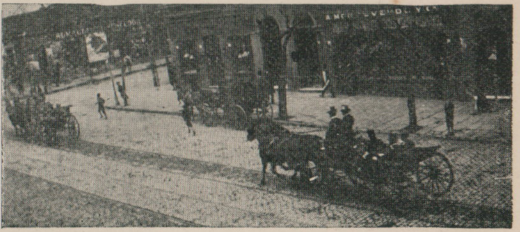
A la noche hubo un suntuoso baile en el Club Uruguay, explendidamente iluminado á luz eléctrica y de cuya fachada ofrecemos una fotografía.

La otra gente, la que no puede y no pudo ir al Club Uruguay, desfiló en raudales por delante de las estrellas de luz eléctrica que iluminaban la Plaza Independendencia. Adjuntamos una fotografía de la mayor de todas, ofrecida por la Municipalidad. Lástima fué la lluvia que vino después.

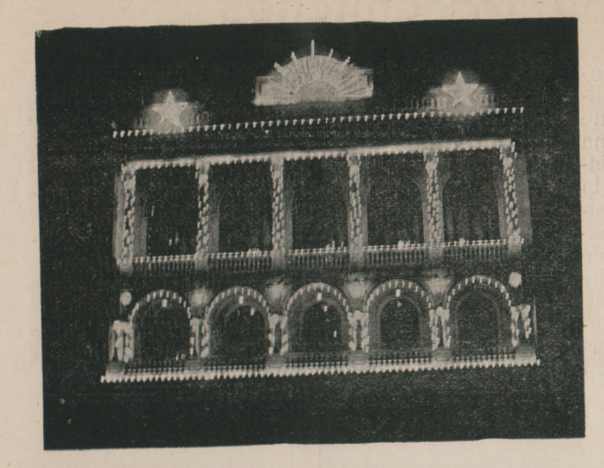
La ciudad toda embanderada y adornada de la mejor manera posible, ofrecía un aspecto alegre, de fiesta. Muchas casas de comercio engalanaron sus frentes con banderas, luces y follajes, uniéndose de esa manera á los festejos del Gobierno. Entre ellas merece menció especial por el gusto artístico de los adornos la casa vinatera «La Cepa Chilena», situada en la Avenida General Rondeau 91, del comerciante chileno Nicanor Marambio y cuyo único agente en Montevideo es el señor Ramón Dubebert, de cuyo edificio ofrecemos una fotografía. De paso diremos la elocuente aceptación que han tenido entre nosotros sus vinos, exportados directamente de Chile, donde existe la casa matriz con sus numerosos viñedos, de renombre en todo ese país y en las repúblicas Argentina y Oriental. Indudablemente las casas exportadoras y vendedoras de vinos extranjeros, y de un mismo tipo, es la que coloca más su mercancía en esta plaza, teniendo por clientela lo más selecto de nuestras casas de familia. Mensualmente entran á Montevideo unos treinta mil litros de su vino, que muchas veces queda agotado sin poder cumplir acabadamente con los inmensos pedidos que le llueven de todas partes. Como dato elocuente basta decir que son sus asiduos favorecedores las familias del Presidente de la República, de los ministros de Estado y de la mayoría de las de los miembros del Cuerpo Legislativo, sin contar las innúmeras casas de la *crème* montevideana. Ahora, preguntarán ustedes, amables lectores, ¿por qué es ese auge de los vinos que exporta «La Cepa Chilena», cuando aquí, que se sepa, los similares extranjeros no tienen una cuarta parte de esa exportación? Pues sencillamente: por la bondad de sus vinos, puros, sanos y agradables, agregados con los módicos precios que cuestan.



El contralmirante Muñoz Hurtado y el general Vergara recorriendo la ciudad



Los tenientes coroneles chilenos Altamirano y Alcalde de paseo



La iluminación del Club Uruguay



La gran estrella de luz de la plaza Independecia

¿No habrá contribuído esto, preguntamos ahora nosotros, en la recepción chilena, á que ésta haya sido mirada con más simpatía de la que era de esperarse, si se tiene en cuenta que aquélla es hija de un pueblo tan lejano y que casi solo conocemos por referencias? La buena impresión que han dejado en nosotros sus productos, no habrán tenido influencia en los ánimos, exaltando los entusiasmos? Puede que alguna razón de esto deba haber.

Pero dejando de lado este tema, en el cual nos hemos extendido demasiado sin ser por ello partidarios de la uva, sigamos nuestro sucinto relato en una forma breve, dado el poco espacio de que disponemos.

Fracasada la fiesta hípica de Maroñas, la nota descollante del día miércoles fué el almuerzo popular organizado por la comisión de fiestas y celebrado en los amplios salones del Ateneo.

A las 11 y 1/2 llegó la comitiva chilena á dicho edificio, donde más de trescientos invitados ocuparon las cinco mesas dispuestas con habilidad y elegancia. Entre los comensales se hallaban representantes del cuerpo diplomático, de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, de la Municipalidad, prensa, ejército y alto comercio. Terminado el almuerzo se pasó á la Casa de Gobierno, en cuyo punto se organizó el paseo por los alrededores de nuestra ciudad, citado ya en párrafos anteriores.

El frente de «La Cepa Chilena»

Terminado el lunch en el recinto legislativo, efectuado en la tarde del mismo día, visitantes y visitados en crecido número se trasladaron á la Comandancia de Marina, embarcándose los señores delegados momentos después en diferentes falúas de gala.

A las 7 y 1/2 el vapor «Buenos Aires» zarpaba de nuestro puerto llevando á su bordo á los distinguidos huéspedes.

Para terminar diremos algo de la visita que el médico de la escuadra chilena señor Alberto Adriazola, hizo al Hospital de Caridad, especialmente invitado por el sargento mayor Antonio S. Viana. Fueron recibidos por el presidente de la Comisión Nacional de Caridad doctor Luis Piñeyro del Campo, Federico Costa, doctores Isola Vizca, Vecino, Lamas y el cirujano mayor del ejército señor Eduardo Martínez.

Visitado con minuciosidad el establecimiento, y examinadas todas sus dependencias, el doctor Adriazola se expresó en elogioses términos con respecto á su organización y valiosoe elementos.

Perseverancia

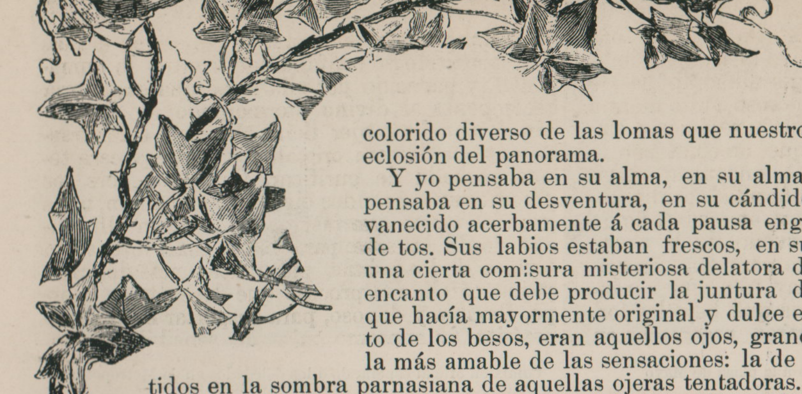
Hace tiempo que una aventura cariñosa sonríe en mi imaginación. Bien se que la sensibilidad refinada que de ella germina, no ha de brindarme sino el raro y doloroso culto de una superstición; y en la superstición vivimos y viajamos tierras extrañas los que creemos con la más delicada de las creencias, encontrar en cada piedra del camino una sonoridad oculta para halago de nuestros oídos, y en cada hilo de luz la imagen viviente del sueño de la noche última para regalo de nuestro corazón. Sin embargo, en nuestro interior hay algo que perdura, una partícula de esperanza que bajo las formas frágiles que la engendraron prorrumpe en una monodía sentimental, á veces como lamento, creado y sentido como una lágrima. Y en esa otra vida que bajo la vida real llevamos, esa vida que constantemente alimentamos con nuestras fingidas alegrías que, aún no nacidas, se enferman, percibimos á cada mañana una nueva sensación insufrible, una nueva quejumbre que nos torna sumisos é impresionables á la creación del dolor, que creemos una mala ventura envenenada y terrible para el humano espíritu que hace suya la injuria de una raza contaminada por la decadencia de un caso fisiológico.

Aquella mujer siente; á lo menos debe sentir doblemente que muchas otras mujeres. Sus ojos negros, grandes, capaces de revivir la más glacial de las esperanzas atormentadas, tienen una fijeza imperativa, una elocuente intuición de fatalismo en el propio mutismo de sus miradas, como cuando contemplamos el abismo de una hondonada, todo el neurosismo que poseemos se asoma á nuestros ojos contrayendo nuestras vísceras para ver de evitar el golpe terrible de la realidad. Y á los de ella afluye toda la vida. En ellos vive la luz benigna de la fraternidad de la existencia y la muerte con sus cambiante apacibles en un perpetuo equilibro doloroso, en el cual no se sabe si el término de la lucha entre el espíritu y el cuerpo va á efectuarse antes que llegue la próxima veranada con sus tardes cálidas y su aliento enervador, ó persisten los luchadores en la continuación del perennal forcejeo por el triunfo, en el cual no hay heridas que manen sangre, pero sí ojos que imploran una tregua.

La efigie de cera del tabernáculo nos dice la singularidad de su iconismo angustioso, nos habla en secreto de cómo fué la trasmutación del símbolo, nos estimula á pensar en el más vivo martirologio confabulado contra la humanidad, y padecido por ella como una expiatoria recompensa al divino atormentado en Jerusalén. Y aquella mujer tiene el mismo color trasparente de la cera cristalizada, de esa cera tenue, acabada de purificar. Cayendo sobre los pómulos unas grandes ojeras que encantan, unas grandes ojeras que fascinan, que viven allí quizás desde la cuna para hacer más intensa la tortura de los poetas, para hacer más delicado y más cándido el proceso que desgasta su cuerpo, flexible y donoso, para despertar en nuestro espíritu un supremo culto de sensibilidad, comunicativo, adorable; un sentimiento de conmiseración empapado en tintas muy puras, con el cual hemos de asistir á la tragedia que suceda al último singulto de agonía.

Siempre me la imagino conforme á la vez primera que la conocí; y no sé por qué extraña y placentera complacencia mía, aquella aventura que más bien que un halago es una tortura del espíritu, se empeña en forjarme, con la evidencia inconsútil de la realidad`el, mismo estado de alma enferma que sus grandes ojeras sombrías me revelaron. Fué en un tren de ferrocarril. Aquella mañana advirtieron mis ojos en el cuerpo grácil y endeble de una mujer, la inmolación artística de la vida por el sarcasmo de la tisis. Al pasar por una estación, luego que el tren se detuvo un momento continuó su marcha, veloz y siniestro, y silbando y trepitoso desapareció en la atezada boca de un túnel que humeó brumosa espiral al sol. Ella iba en una postura de molicie, recostada la cabeza bruna sobre una ventanilla abierta al paisaje. A la distancia, por sobre de las lomas enverdecidas que dejábamos detrás, el mar inmenso, azuloso y bravío, veíase sereno, impasible, perdiéndose en la niebla espesa y flotante del horizonte, como si aquella quietud de sus ondas, fingida por nuestros ojos que se alejaban de ellas á medida que el tren corría como una sierpe famélica por sobre hondonadas y cumbres, no retuviesen en su seno voluble la insidia de sus tumbos titánicos, que en el lurte sin tregua de sus ancas espumosas, van llevando á la orilla desconocida y distante como trofeo de la lid empedernida el eco clamoroso de los vencidos.

El sol reverberaba en la suprema altura de la cumbre. Ella iba copiando en su imaginación e



colorido diverso de las lomas que nuestros ojos abandonaban en la eclosión del panorama.

Y yo pensaba en su alma, en su alma proclive á la tristeza. Yo pensaba en su desventura, en su cándido sueño de juventud desvanecido acerbamente á cada pausa engañosa y secreta del golpe de tos. Sus labios estaban frescos, en su rosada delicadeza había una cierta comisura misteriosa delatora del beso, del incomparable encanto que debe producir la juntura de dos bocas febriles. Y lo que hacía mayormente original y dulce el imaginado encantamiento de los besos, eran aquellos ojos, grandes y vivaces, despiertos á la más amable de las sensaciones: la de mirar con ardimiento, metidos en la sombra parnasiana de aquellas ojeras tentadoras.

Después de aquella mañana impresionable yo no he vuelto á ver á la inspiradora de mis cantos. Quizás haya muerto ya, quizás aún viva. ¿En cuál país exótico se habrá detenido la encantadora ojerosa de veinte años? ¿En qué heredad desconocida y remota habrán germinado rosas para su frente de núbil? ¿Acaso en las riberas contemplativas de algún lago americano?

César Augusto NEGRON,
Venezolano.

Caracas.

Sol de sangre

Por inmensos caminos solitarios
Huyendo de ignorados campanarios,
Los peregrinos van—faltos de aliento.
Y de aldeas siniestras y lejanas
Les saludan al paso las campanas
Con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte, bajo el sol, se dora,
Manchado por la sangre de una aurora
Que se teme á la vez y que se espera,
Las nubes se amotinan y se empujan,
Y como buitres, al huir se estrujan
En el espanto de la noche negra.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,
Se abre un abismo en el dintel del beso
Y todo es sepulcral, como una luna;
Sólo se oye el rumor sordo y la queja
De aquella muchedumbre que se aleja
Con fatigas de mar hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen;
Torvos y extraños sentimientos rigen
Su reflujo fatal hacia la aurora,
Y jadeante, vencida y sin aliento,
Se arrastra latigueada por el viento,
Royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe
La absurda sociedad que la proscribe,
Brillará como un sol á nuestros ojos.
Sus pupilas extrañas y dementes
Empapadas en púrpuras ardientes
Parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,
Removerán la gigantesca hornalla
Donde alimenta el sol sus encarnados,
Y en la ruda apoteosis del incendio,
La plebe se alzará como un compendio
De todos los sollozos ignorados.

Manuel UGARTE.

1903.

Fragmento

¡Si tú no amas! Acaso
Buscas calor porque te falta vida,
Porque ves en ocaso
Tu juventud para el amor perdida.
¡No es cariño! Las ansias que padeces
Nacen de un mal oculto
Que te hiere cruel, por eso ofreces
Tu pobre corazón. Pides indulto
Para una entraña que latir no quiso
Cuando pidieron á tus pies de hinojos
Donceles mil, en cambio al paraíso,
Una dulce mirada de tus ojos.
Crees que amas y no; es la materia
Que rebelde se agita,
Es la sangre que vuelca de la arteria,
¡Es la carne que grita!
Tu talle virginal jamás opreso
Se ha sentido en las redes del abrazo,
A tu boca jamás ha ungido el beso,
Y nunca en tu regazo
Se reposó la frente enamorada,
Del amante feliz que en noche quieta,
Busca en los labios de la fiel amada
El beso apasionado de Julieta...
. . . .

Quirino ORDAZ.

Tepic.

BUENOS AIRES--La recepción á los chilenos



Marinos argentinos llegando á la plaza de Mayo



Comisión oficial esperando á los delegados en la Metropolitana

De la vecina orilla, de la ciudad rumbosa y parisiense enclavada en un pedazo de suelo americano, nos llegan en forma de instantáneas varios ecos de las fiestas celebradas en honor de la delegación chilena.

Desde el 22 del corriente, día de la llegada de los señores delegados, Buenos Aires ha presentado un aspecto deslumbrador, algo así como una celeste morada elegida por los dioses para celebrar sus festejos divinales. En las calles y plazas, adornadas é iluminadas regiamente, un público numeroso y febriciente se agolpaba, remolineaba, corría, ansiando no perder el más mínimo detalle de los festejos con que la nación vecina se reconciliaba, en forma imperecedera, con un antiguo enemigo que franquea los Andes para confundirse en un abrazo fraternal. Y en esa tranquila confraternidad pasaron diez días como un soplo, en medio de los paseos, banquetes y recepciones con que se agasajó á los marinos del Pacífico.

El día 25 celebróse en la Metropolitana, con asistencia de la delegación chilena, el solemne *Te-deum* en conmemoración del glorioso aniversario. Momentos antes de ese acto fueron tomadas en la puerta del templo, las dos fotografías que insertamos, en las que aparecen distinguidas personalidades de la capital vecina, esperando la llegada de la agasajada delegación.



Monseñor Espinosa esperando á los delegados en la Metropolitana

Palacio del Congreso adornado



La fuente de Lola Mora



La plaza de Mayo en el día de las fiestas

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$	27.04	Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$	10 20
Demetrio Errausquin—Maldonado	»	13.43	Alfredo M. Luc—Estación Cazot.	»	7.80
Saturnino Mernies—Mercedes.	»	9.00	Marcelino Moas—San Fructuoso	»	31.80
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	»	11.40	Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	»	10.80
Elvira García—Parado	»	9.10	Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	»	15.40
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	»	8 64	Vicente Bravo—San José	»	12.30
Francisco M. Sánchez—Minas	»	7.40	Gregorio García—San Carlos	»	5 80
Miguel Balvela—Itapebí.	»	14.10	Jesús Sosa—Florida	»	7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom
Administrador:
AGUSTIN SALOM



18 de Julio, 194
1.er piso
MONTEVIDEO
R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps.	0.50	Número suelto (atrasado)	ps.	0.30
Por semestre adelantado	»	3 00	Por un año adelantado	»	5.00
Número suelto (los sábados y domingos)	»	0 10	Exterior. Por año adelantado	»	7.00
» » (de la semana)	»	0.20			

El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRIQUE

del ejército liberal, y que de su conducta dependía en gran parte el éxito de la campaña, en la que iba á jugarse el todo por el todo en dos ó tres batallas.

VII

Apenas calmó la tormenta, mandó Varela á su gente que montara á caballo.

—Mi jefe, le advirtió en voz baja Medina, es preciso esperar á que baje el agua.

—No hay tiempo que perder, sargento.

—Es que, con permiso de usted, no por mucho madrugar amanece más temprano.

—¿A qué viene eso?

—A que oiga usted como se despeña el agua por el camino. Si salimos, nos arrebata el torrente y nos ahogamos.

—Será cumpliendo con el deber, sargento.

—Pero dejándolo sin cumplir, murmuró Medina con el buen sentido del labriego.

—¡Tiene usted razón! exclamó Varela, que había llegado hasta la boca de la cueva para inspeccionar el camino. Esperaremos.

Mas la impaciencia lo devoraba, y apenas el rumor decreciente de las aguas le indicó que ya escurrían inofensivas, dió orden de marcha, con esa voz breve é imperiosa que no admite observaciones.

Y en desordenada formación, y atendiendo cada uno á su propia seguridad, empezaron á descender el sendero.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA TORMENTA EN EL VALLE

I

Si grandes fueron los estragos causados por el destructor meteoro en la montaña, más espantosos fueron los que hizo en el valle, convertido en océano.

Cuando comenzó la tormenta, acababa de desembocar en el llano una diligencia, que conducía á una familia que desde Chihuahua iba, por Zacatecas, para la capital de la república.

La familia se componía de un caballero francés, de su esposa, mejicana, una hija, preciosa joven de veinte años, y una institutriz francesa.

Además, llevaban cinco criados, armados, á caballo, y una escolta compuesta de treinta lanceros mandados por un capitán. Aquella fuerza era reaccionaria.

La tormenta sorprendió al grupo de viajeros á una distancia bastante larga de León, y por más que cochero y mayoral estimularon con el látigo á las mulas, éstas, amedrentadas, se resistieron, cejaron, se enredaron con las guarniciones, y pronto llegó á tal grado la confusión, que fué imposible dar un paso para atrás ni para adelante.

La escolta espoleó sus caballos y, acompañada de los mozos, que temblaban como azogados, ante el peligro, ganó una eminencia, distante un tiro de fusil, y allí se guareció bajo unos árboles, dejando á la familia entregada á su propia suerte, dentro de la diligencia.

Por fortuna, el lugar en que quedó el pesado vehículo, era una especie de loma, merced á lo cual no fué arrastrado desde el primer momento por las aguas desbordadas.

Mas después que pasó la tormenta, aunque las aguas perdieron mucho de su impetuosidad, el peligro creció de pronto, porque el lago en que quedó convertida la campiña, fué aumentando lentamente su volumen, llegando á cubrir los ejes de las ruedas traseras de la diligencia.

II

La señora mejicana, esposa del caballero francés, tenía un rosario en la mano, y rezaba con fervor, como si habiendo condenado ya sin remisión el cuerpo, pensara sólo en el alma.

El caballero renegaba contra la cobardía de sus criados, y la perfidia de la escolta, y contra los elementos.

—El peligro aumenta, murmuró la institutriz al oído de la joven.

—Sí, ya lo veo, contestó ésta.

—¿No quieres que recemos, como lo hace tu madre?

—¿Para qué, Athenais? Si Dios no escucha á mi madre, que es una santa, menos me escuchará á mí, que no lo soy. Y si la escucha, entonces nos salvará á todos juntos.

El padre de la joven, á pesar de no ser un creyente, ni mucho menos, oyó con desagrado aquel alarde de indiferencia en boca de la niña.

—Mal momento has escogido, Luisa, para semejantes chanzas, que mucho tienen de blasfemia.

—Vamos, padre, déjate de regaños y procura que salgamos del atolladero.

—Eso es más fácil de decir que de hacer.

—Ya está dicho; veamos ahora cómo se hace.

La señora seguía rezando su rosario, ajena á cuanto se blasfemaba á su rededor, pues no sabía una palabra de francés, idioma en que se sostenía la conversación.

Y el agua seguía subiendo, lentamente, pero de un modo incesante.

—Mi amo, dijo el cochero.

—¿Qué hay? interrogó el francés.

—Que si sigue subiendo el agua de esta manera, dentro de un cuarto de hora se ahogarán las mulas.

—Poco me importa, no son mías.

—Y dentro de media hora nos ahogaremos nosotros, lo que sí creo que le importará á su merced.

—¡Demonio! exclamó en castellano el francés.

—¡Ave María purísima!... exclamó la señora, santiguándose sin gazmoñería.

El sota cochero tuvo un conciliábulo en voz baja con su compañero, y, después de breve rato, se echó al agua por un lado, mientras el cochero lo hacía por el otro.

Sacaron ambos sus cuchillos, cortaron las correas de las mulas de la guía, como se llaman á las que van por delante, y agarrándose al cuello de esos animales, los acosaron con gritos, y los hirieron con sus cuchillos, obligándolos á atravesar á nado la distancia que mediaba entre la diligencia y la loma en que se había refugiado la escolta.

—¡Canallas! les gritó el francés, enseñándoles el puño.

(*Continuará*).


PR

Leonor

POR CARLOTA BRAEMÉ

Lionel, y de mis labios no volverás á oir ni una queja; pero antes, quiero que me digas una cosa, ¿por qué me ocultaste tu matrimonio?

—Porque creí que al saberlo me amarías menos.

La condesa quedó pensativa; después profirió:

—La excusa es pobre y veo que está fundada más en tu vanidad, que en el cariño que me tienes. Bien sabías, Lionel, que á pesar de mi pasión nunca hubiera sido capaz de arrebatar á otra mujer el cariño de su esposo.

—¡Oh! sí, mi acción es digna del mayor desprecio, pero te he dicho la verdad, Bibiana.

—¡Comprendo! ¡comprendo!... murmuró la joven tristemente; pero dime otra cosa, Lionel; esa mujer que has abandonado por mi causa ¿te amaba mucho? ¿te ama todavía?

—Mi adorada Bibiana, repuso el joven, suplicante, ¿por qué quieres hablar de una cosa que sólo sirve para mortificarnos?

—Espera, Lionel, necesito saberlo, y me responderás. Te lo suplico, dime, ¿te ama todavía?

—Sí, me ama; replicó Lionel con voz que apenas pudo oirse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! perdóname por haber torturado el corazón de esa mujer.

Y volviéndose repentinamente hacia el joven, le preguntó, con angustioso acento:

—Y á tus hijos, ¿los amabas mucho?

—¡Oh! sí, Bibiana, los amo con todo mi corazón, contestó el joven con vehemencia.

—Siempre creí, continuó la condesa con lentitud, sin comprender el daño que sus palabras habían de causar á Lionel, que el amor hacia los hijos, era puro y desinteresado y que jamás podría desterrarse del corazón de un padre; pero...

—Y así es verdaderamente, interrumpió vivamente el joven.

—Pero en tu corazón, no ha sucedido lo mismo. ¡Has manchado tu alma, Lionel, puesto que tratas de olvidarlos! ¡Ah! si yo hubiera sabido que existían dos ángeles, á quienes les estaba robando el cariño...

—Pero Bibiana, querida mía, ¿á qué mortificarte más con esa idea? Ya no hay remedio; sólo debemos pensar en nuestro cariño.

—¿Que no hay remedio? dices. ¡Oh! Lionel! sí lo hay y debemos ponerlo en práctica en seguida. ¡Tenemos que separarnos! gritó la condesa con energía; luego añadió:

—Cuando te creía soltero, libre y solamente entregado á mi amor, no me daba cuenta exacta de mi loca pasión; parecíame, que huía de la miseria para buscar la felicidad; pero ahora, al sufrir tan cruel desengaño, mi alma inocente aún, se revela á seguir esa senda de oprobio y degradación; así, pues, Lionel, debemos y tenemos que separarnos.

Lionel sintió que la sangre afluía al corazón y tuvo que hacer un violentísimo esfuerzo para dominarse.

—¡Separarnos! ¡estás loca! exclamó.

—Sí; separarnos. El deber ordena á mi corazón ese sacrificio. Aunque te quiero con toda mi alma, nunca podría arrancarte de entre los brazos de tus hijos, de entre los de tu mujer; tal vez la amas y por eso yo debo odiarla; pero anublar la dicha de esas dos inocentes criaturas. ¡Ah! eso nunca... nunca...

—Desecha, Bibiana, toda idea de separarnos, porque eso es imposible, dijo Lionel, y después añadió: ¿Lo hemos sacrificado todo inútilmente?

—Sí, puesto que no puedes abandonar á tus hijos. Además, Lionel, yo no podría vivir pensando en que era la causa de la desgracia de esos dos inocentes seres. Vuelve, vuelve á tu casa; sí, anda á gozar del cariño de tu familia.

—Ya es tarde Bibiana, murmuró Lionel, muy excitado. Escribí á mi esposa diciéndole que dejaba á Inglaterra para siempre, y además, que me marchaba contigo.

—Y, ¿le has dicho mi nombre?

—Sí, Bibiana, se lo conté todo.

—¡Ah! Dios mío, ¡cómo me has catigado! y volviéndose hacia el joven, le dijo con acento firme pero con pena:

—Te he dicho que debemos separarnos; tú, Lionel, regresarás á tu casa.

—Pero, ¿lo dices de veras? ¡nos amamos y nos hemos de separar! ¡qué locura! ¿cómo quieres que vuelva yo á mi casa?

Y le habló de promesas hechas, de su amor; de lo pasado; pero sus palabras se perdieron en el vacío y la condesa permaneció firme, tranquila, inalterable, como una estatua de mármol.

—Me olvidarás, Lionel, dijo Bibiana aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Para ti, nuestro amor ha sido un capricho de tu vanidad, pues te retienen otros lazos mucho más dulces y agradables que los que yo puedo proporcionarte.

—No; ven, Bibiana de mi alma; no tienes razón para hablarme así.

—¡Imposible! gritó la condesa. No sé si algún día llegaré á maldecirte, pero olvidarte, eso no, te quiero siempre con toda mi alma.

La desesperación que anteriormente devorara á Bibiana, había desaparecido, cambiándose en espantosa calma; pero Lionel, sentíase morir al imaginársela lejos de él y verse solo, sin sus caricias, su aliento, su gentil hechizo, tan necesarios entonces para su vida, como la misma luz del sol. La cogió entre sus brazos y la estrechó con efusión contra su pecho; quizás en aquel momento la amaba más que nunca.

—Vente conmigo, murmuró el joven estampando un sonoro beso en la frente de la condesa. No me abandones, no puedo vivir sin tí.

—¡No; imposible! contestó Bibiana, en medio de la mayor excitación; ¡tus hijos nos separan!... ¡Adiós!... ¡Adiós!...

Y antes que Lionel pudiera contestarle ni volviera de su sorpresa, se deslizó de entre sus brazos, alejándose como un fantasma.

Una densa niebla se levantó en aquel momento de la superficie de las olas; niebla que al envolverla, allá, en la excitada fantasía del joven, le pareció ver se la llevaba flotando, hasta perderla de vista.

. . . .

Lionel Ridal, ya en París, esperó días tras días, semanas tras semanas, el regreso de la joven; pero todo fué en vano. Cansado, triste, apenado por la ausencia de Bibiana, atormentábale el sentimiento de haberla perdido, y en la certidumbre de que nunca volvería á verla, de-

(Continuará).

El Secreto

Muchas noches hacía que Gabriela no dormía. Era su tos tan violenta, tan cruel, que por momentos ahogábase en los convulsivos accesos que despedazaban su pecho.

Su madre, la señora Dejausó, oíala resignada desde su lecho, en la alcoba contigua. Tampoco ella dormía, y allí, mientras la enferma debatíase, rememoraba todo lo triste, todo lo espantoso de aquellos cuatro meses, en los cuales Gabriela había decaído tanto. Ante aquellos recuerdos dolorosos la Dejausó desesperada y llorosa bajábase del lecho, luchando con uno de ellos, el más terrible, el más cruel de todos; aquel recuerdo que la enloquecía, que era su eterno martirio.

Obsesionada, caminaba sigilosamente hasta llegar á la puerta de la alcoba de su hija, débilmente alumbrada por una lamparilla, y apartando las muselinas que cubrían los cristales, la señora Dejausó contemplaba silenciosa á Gabriela que destacaba en las sombras, sobre el lecho blanco, su rostro lívido, horriblemente demacrado, de virgen moribunda.

¡Cuán crueles habían sido para ella aquellos cuatro meses!

Durante todo aquel tiempo, la figura de Eduardo su marido y la de Jorge, el prometido de Gabriela, no habían cesado de presentársele. Su marido, tan bueno, con su barbilla dorada y sus escasos mechones de cabello castaño que realzaban su calva rosada de hombre respetable, y Jorge el minero fornido, de tez rubicunda, siempre risueño y contento.

Después clavábase en su cerebro el lacónico telegrama portador de la horrible nueva: Eduardo y Jorge despeñados en un precipicio, allá en las entrañas de sus minas obscuras, devorados por ellas.

Y hacía sólo cuatro meses de aquel siniestro fin Desde entonces Gabriela, ya enferma no había cesado de llorar un solo día á su padre, á su buen padre. ¿Por qué ni una lágrima jamás por Jorge? ¿No le había amado?...... Pero si en los primeros meses de la ausencia de su prometido había dado muestras de dolor sincero, recordándolo á cada momento con amor, viéndolo allá, en la mina, desterrado bajo las enormes murallas de rocas erizadas y sombrías; confundido en ese trético cuadro de cerros grises, en las entrañas de los cuales tortuosos y antojadizos caminos surcábanlos como una humana ramificación de arterias?

¡Cuántas veces, solas las dos, habíanse estremecido recordando los relatos del señor Dejausó!

Los temores á la inundación que, allá, en el seno de la tierra, crecía silenciosa como un mar muerto, cubriendo con sus aguas cenagosas todo lo que hallaba á su paso...

De pronto la puerta se abrió y Gabriela envuelta en su largo camisón entró en el cuarto de su madre, trémula como una virgen loca.

La señora Dejausó gritó de espanto.

De pie, inmóvil, permanecía á la puerta Gabriela, mirando á su madre con extraña fijeza...

Madre, balbuceó al fin, dando algunos pasos, tengo miedo de estar sola.

Algo raro había en sus palabras, algo horrible que dilataba sus pupilas con ferocidad. La señora Dejausó emocionada, oprimíale contra su seno cariñosamente exclamando:

—Gabriela mía!.... ¡Hija del alma! ¿Qué tienes?......

La voz de la infeliz mujer se confundía en el cuarto silencioso con los entrecortados sollozos de su hija. Después de un esfuerzo desesperado, Gabriela habló.

—Madre mía—interrogóla con acento misterioso—¿le querías mucho?

—¿A quién, Gabriela?

Por la frente de la Dejausó corría un frío sudor.

—A él—repuso Gabriela dando un grito—á Jorge!

—¡Gabriela!

La tísica sonreía como una idiota fijando con crueldad su mirada feroz en el rostro demudado de su madre. Y la una, frente á la otra, febril y enfurecida hacían el efecto de un dúo trágico destacando sus siluetas fantásticas en las sombras.

—No es cierto—balbuceó tímida la señora Dejausó.

Entonces Gabriela acercándose más á su madre—¿No es cierto?—la dijo—¿acaso me engañé yo al leer la carta que le escribiste?

Después dando algunos traspiés dejóse caer sobre el lecho, llorando á gritos. De nuevo renacían en el cerebro de la infeliz madre todos aquellos recuerdos malditos que entonces se desencadenaban con impetuosidad; el Jorge alegre y seductor, el Jorge miserable; todo un pasado que renacía evocando cosas muertas, sumidas ya en el olvido, desterradas ya de la imaginación.

Gabriela habló de nuevo.

—Dilo, madre, murmuró—¿le querías mucho?

Después, comprendiendo el supremo dolor de su madre, añadió—porque él era bueno ¿no es cierto? y no era posible negarle el amor, un amor puro, madre mía, un amor como el que le profesaba yo.

Serena ya la Dejausó, respondió á su hija, y fué la verdad sincera, el grito de remordimiento de la madre culpable ante la hija inocente, ante la hija moribunda.

Jorge era un miserable y ella había sido criminal; mas era digna ya de compasión. ¡Mucho había sufrido en esos cuatro meses!... ¡Tanto, que no era posible sufrir más!...

La luz de la luna filtrábase á través de las cortinillas trasparentes de la ventana, y sus rayos pálidos se quebraban sobre el mármol azulado de una mesa. En la cabecera del lecho, sobre los tintes de un claro-oscuro, el Nazareno destacaba su

cabeza imponente, doloroso, surcado siempre el rostro melancólico con la eterna sonrisa de amargura.

La Dejausó había desahogado su conciencia.

Madre é hija sentáronse en el lecho, tranquilas, al parecer, la una cerca de la otra. Fué un momento de profundo silencio que les evocaba todo un pasado feliz, y hasta había sonrisas en sus labios cuando allí revivían en su imaginación, con la lozanía de otros tiempos las figuras de Eduardo y Jorge. Separáronse al fin. Gabriela volvió vacilante á su cuarto y sola allá, en el colmo de la desesperación entregóse á su dolor. Fué una lucha tenaz y sorda. El terrible secreto que quiso confiar á su madre moriría con ella; faltábanle las fuerzas para confesar la horrible verdad, aquella verdad que habría acabado con la vida de su infeliz madre. Y ante la magnitud de ese secreto espantoso, fruto de la venganza, se le presentaba su padre lejano luchando con él, con Jorge, allá, en la mina obscura, en la sombría caverna, al borde de cuyo precipicio profundo lucharían, su padre ciego por la ira, él humillado y confuso... Después, un caos siniestro se tragaba sus cuerpos masculládolos con sus dientes de erizadas piedras...

. . . .

Era ya el día cuando la Dejausó despertó sobresaltada. Rayos alegres de sol delgados como hebras de oro filtrábanse á través de la ventana irradiando sobre las blancas cortinas de su lecho. Ligera sonrisa surcó su rostro: no se oía la tos de su hija, aquella tos persistente y tenaz. de la tísica.

¿Dormía? Vistióse y entró en el cuarto de Gabriela. Esta yacía amarilla, tranquila, extendidos sobre la almohada sus cabellos negros. Largo rato la pobre mujer contempló la rigidez de su hija. De pronto algo horrible cruzó por su cerebro, pues muda de espanto y pudiendo apenas sostenerse retrocedió hasta la puerta ahogando gemidos de desesperación Allí, apoyada contra el umbral, con la mirada estrábica, aquella mujer desfigurada por el terror no osaba acercarse al lecho en el cual yacía Gabriela. Pasó mucho tiempo luchando con la realidad espantosa. Al fin, dando alaridos, lanzóse como una loca y al tocar el rostro inanimado y ya frío de Gabriela, extraño vértigo la hizo vacilar, tambaleóse y cayó sin sentido cerca del cadáver, como herida por un rayo.

GUILLERMO HOLDER FREIRE.

Junio de 1903.

AÑO VII

LA ALBORADA

NUM. 274

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR:	REDACTOR:	DIBUJANTE:	ADMINISTRADOR:
ARTURO SALOM	CARLOS F. MUÑOZ	JOSÉ OLIVELLA	AGUSTIN SALOM

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Junio 14 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

GASPAR NUNEZ DE ARCE--† El martes en Madrid

El telégrafo nos ha trasmitido una triste nueva. Don Gaspar Nuñez de Arce, el ilustre poeta español que ha encantado con sus poesías durante muchos años á la Península Ibérica y á todas las naciones de habla castellana, acaba de fallecer el martes último en Madrid.

Con la muerte de este gran poeta desaparece de la lírica española uno de sus más pujantes y hermosos cantores de los sentimientos humanos y de la belleza soberana. ¿Quién no lo conoce? ¿Quién no tiene grabadas en la memoria las sugestionadoras décimas de *El Vértigo*, tan accesibles á la declamatoria vibrante como populares? ¿Quién no guarda en el corazón un dejo sentimental de las ternuras y cariños tan nostálgicamente pesarosos de *El Idilio*, que es el poema entero del santo amor llorado? Todos nosotros hemos vivido de esas pasiones cantadas á la vera de una rima florida, sonorosa, sugestionadora. Por eso América hija siente, al par que España madre, el profundo dolor que entristece su ambiente en estos días.

También grandemente célebres se hicieron sus poemas *La Selva Oscura*, *Ultima lamentación de lord Byron*, *La visión de Fray Martín* de cadenciosos versos libres y de imaginación portentosa, *Gritos del Combate*, *La Inundación*, é infinidad de poemas que han recorrido el mundo castellano como valiosas joyas de imperecedera vida. Revelaba en sus obras un temperamento poético vigoroso, de elevada concepción, de robusteces imaginativas sin desmayo, sin una debilidad, sin una caída en el prosaísmo, en lo vulgar. Su lira vivía siempre en las alturas, por encima de las miserias mundanas, y por eso sus cantos, en vuelos de águila, han trascendido los mares y ha admirado hasta la veneración á cuantos los leyeron ó escucharon.

La poética joven le ha tomado en muchas partes como maestro.

Pertenecía á la Real Academia Española desde 1876, y diversas veces fué ministro y diputado á Cortes en tiempos de Sagasta.

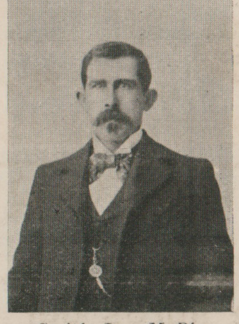
Deja escritos también algunas comedias y dramas, entre otras *Como se empeña un marido*, *Ni tanto ni tampoco*, y *El haz de leña*.

Núñez de Arce es hijo de Valladolid, donde nació el 6 de Agosto de 1834, y contaba en la actualidad sesenta y nueve años.

Los funerales que se acaban de efectuar en la capital española, fueron suntuosos, asistiendo á ellos corporaciones de las Cortes, de las Letras, de las Artes, y un numeroso pueblo. Sus restos serán colocados en el Panteón Nacional junto á los de Espronceda, Fígaro, Rosales, etc.

El verdadero aprehensor del "Alacrán"

El capitán Juan M. Ríos, ex comisario de Florida, había solicitado al gobierno en oportunidad la licencia respectiva para poder adquirir los comprobantes que le hacían falta, y demostrar con ellos á sus superiores y al pueblo, que él y solo él era el autor de la prisión de Dionisio Arrúa (a) *Alacrán* y no Serapio Pérez, como éste se atribuyó y todos se creyeron, incluso el gobierno.



Capitán Juan M. Ríos

Ríos fuése á los puntos que había recorrido para la captura y solicitó de cuantas personas le vieron con el criminal por la fecha de su aprehensión, un certificado comprobante del hecho. En posesión ya de suficientes pruebas, entregó éstas al gobierno, sin pretender compensación alguna como se llevó el otro comisario Pérez, y con el solo objeto de que se diera al *César lo que era del César* y á él lo que era de él.

Es cierto que en conocimiento el pueblo de la verdad por haberse hecho públicos los documentos de prueba, Ríos ha quedado en el lugar que le correspondía, no en el de comisario, pues parece que al gobierno no le gustó mucho que le demostrara un subalterno la plancha que se había tirado hasta el extremo de regalarle al otro 200 pesos por su *fazaña* aprehensora que no había sido tal,— sino en el honorable concepto de persona de aptitudes para empresas difíciles como la que llevó á cabo aprehendiendo á *Alacrán*.

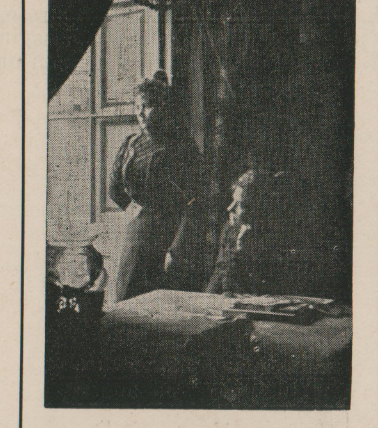
Cuán bien le viene á este asunto aquel añejo dicho: *Unos cardan la lana y otros llevan la fama...*

Carta íntima

Sí, ya que es preciso decirlo, te desprecio. Tu egoísmo, tu falta de valor, tu estrechez de criterio, todo en ti concurre para que provoques mi desdén.

Y no es por cierto que te crea peor que las demás, no, entonces te amaría; es que te veo igual á ellas. Siendo vulgar, de análoga naturaleza, atormentada por los mismos prejuicios y caducas prevenciones que las otras, ¿qué puedes inspirarme? Solo desdén.

Para ser amado es preciso que nuestro carácter, nuestro intelecto ó nuestro corazón, sean excepcionales: ó muy malo ó muy bueno; ó una poderosa inteligencia ó una carencia absoluta de ella; ó la más esquisita delicadeza ó una brutalidad aplastante. La tibieza del «yo» se refleja en los sentimientos que inspiramos.



Luces y sombras

Un temperamento arrebatado podrá ser odiado pero también adorado. Si nuestras cualidades no son ni mejores ni peores que las de la mayoría, podremos inspirar afecto, pero nunca una pasión.

Ten presente siempre que el amor sólo nace de la admiración. No importa lo que admiremos, la cuestión es admirar, de otro modo la amistad podrá sentirse, pero nada más.

Atiendes á cuanto en derredor encuentras: sociedad, familia, usos; á ti misma, á mí solo me vez como algo tuyo, objeto de tu propiedad del que puedes usar á tu antojo, que «debe» darte placer, halago, goces, pero al que tú, en cambio, nada debes. «Te amas á ti misma en mi persona». Eso es todo.

Romper los hábitos, despreciar el que dirán, arrostrar el juicio ajeno cuando puede serte desfavorable aunque tu conciencia nada te reproche, eso no, pese á quien pese, con salvar las conveniencias estás satisfecha.

Ni un solo instante te preocupes por saber si yo soy ó no feliz; quieres verme, quieres que te repita juramentos, de cuya sinceridad dudas, pero que halagan tu vanidad, ansías caricias que agradan á tu carne, nunca piensas si al hablarte y rodearte de mimos, mi alma está deshecha y mi corazón torturado, eso ¿qué importa?

Lo único que preocupa á tu egoísmo es sentirme abatido ante tu belleza, enervado, anhelante: los sufrimientos que ello me produce, poco se te dan.

Me dices que lloras en mi ausencia y que el dolor te atormenta, y eso ¿qué prueba?

También una neuralgia hace llorar á veces y, no es de amor, ¿verdad?

Que me ansías, que no alientas lejos de mí...

Eso no es cierto: sabes dónde me encuentro... y estoy solo!...

. . . .

Te he amado, sí. Ara y santuario fué mi corazón en que exalté tu imagen, la inspiración, la fe, de ti todo me vino, mas, luego he visto que fuí Pirineo perseguidor de una musa deshadada, y bajé presto á tierra.

Eres hermosa, y sabiéndolo, haces de esa hermosura un arma ponzoñosa, pero del tósigo me ha curado la abracadabra del desengaño.

Con tu egoísmo inconsciente, con tu insustancialidad manifiesta, con tu vulgaridad exagerada has destruído ese amor.

Sentí por ti veneración inmensa, adoración infinita, estima altísima.

Veneré un ídolo espúreo cuya falsedad me revelaron tus desdenes en ocasión en que me viste triste, y tu humildad cuando supe mostrarme indiferente.

Adoré una flor sin perfume que creí fragante: su aroma era el aroma de mi propio amor...

Mi estima la destruyó la realidad...

. . . .

¿Quieres mi amor? El amor nunca muere, es Fénix siempre presto á renacer.

Ten el valor de tu propio concepto, desecha el ajeno juicio, desprecia el «¿qué dirán?» Yergue tu frente ante la majestad de tu deseo triunfante... Rompe todo molde, ten, en suma, «personalidad» á despecho de conveniencias y hábitos anticuados: eso basta.

¿Puedes hacerlo?

Cuando tengas la energía que hoy te falta y realices eso, entonces llámame, antes no, porque seríamos eternos críticos que jamás llegaríamos á entendernos.

El amor es Erogador augusto cuya excelsitud repudia al egoísmo... y la vulgaridad.

Arturo R. de Carricarte.

Junio, 1903.





Invernal

¿No escuchas?—Es la lluvia que azota los cristales.
¿No escuchas?—Nada temas, es el rumor del Rhin,
Son las heladas brisas, las brisas invernales
Que juegan con las flores marchitas del jardín.
Los pinos cabecean; el cielo está sombrío,
El viento aúlla, aúlla, con hórrido fragor;
Afuera todo es muerte, y soledad, y frío...
¡Ay de las almas tristes, las almas sin amor!
¿Leemos?—Leé, bien mío, como en lejanos días
Las cantos del poeta de tu país natal...
Mas no, tiene más dulces y vagas armonías
Tu voz, que del poeta el cántico inmortal.
Sobre el cojín de raso do apoyas tu cabeza,
De la rosada lámpara al trémulo fulgor,
En vivos resplandores irradia tu belleza
Cubierta con el blanco y holgado peinador.
¡Oh carne! ¡oh carne mórbida! ¡oh carne sonrosada!
¡Oh labios que he besado con loco frenesí!
¡Sois míos,... sólo míos, ¿verdad mi bien amada?
¿Verdad que es tu hermosura tan solo para mí?
Corra la vida aprisa, destelle en el oriente
El sol para las almas esclavas del dolor,
Y siga en noche eterna mi corazón ardiente,
Soñando con la dicha, soñando con tu amor...
Riega sobre mis hombros tu blonda cabellera,
Unamos nuestros labios en ósculo sin fin...
Y deja que la lluvia sacuda la vidriera,
Y rumoreé á lo lejos, entre la bruma, el Rhin.

Ismael Enrique ARCINIEGAS.

Méjico, 1903.



Primer beso

En frente los ebúrneos tibores de la China,
arriba claridades de pálido fulgor,
allí junto del piano la estatua alabastrina
y en nítidos jarrones campánulas en flor.
De pie frente del piano tu imagen adorada,
tu negra cabellera meciéndose en el viento,
y esclavo del soberbio fulgor de tu mirada
plegadas sus dos alas mi altivo pensamiento.
Así te vi esa noche, é ingenuo en mis amores
te hablé de muchas cosas que guarda el alma mía,
te hablé tal vez de sueños, tal vez te hablé de flores,
te hablé quizá de trinos, de luces, de poesía.
Y entonces á tu mano mi mano prisionaba,
mis labios á tus labios pugnando por unir,
y el piano mil endechas cantando preludiaba,
que se iban lentamente muy lejos á morir.
Y viendo de tus ojos la fúlgida hermosura
cedí de mis amores al mágico embeleso,...
y allá tras los espacios de lóbrega negrura
se fué á perder el eco fugaz de nuestro beso.

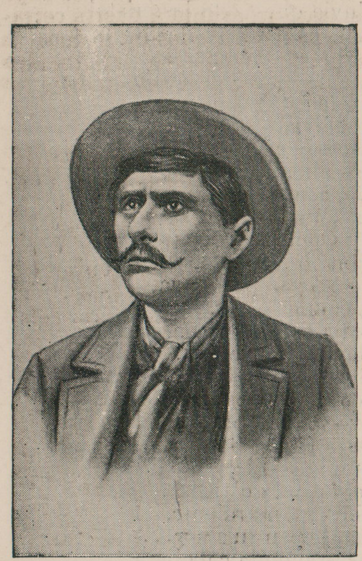
J. SORONDO.

Méjico, 1903.



El crímen de la calle Ariguá

NUEVA FAZ DEL ASUNTO



Luis Caliero, (a) *El Porteño*, primer supuesto criminal



Último retrato de Angel Amodeo (a) *Angiolín*, actual supuesto criminal

Hace poco más de un año Montevideo se vió preocupado durante unos cuantos días en los comentarios de un crímen sensacional por la diversidad de incidencias en que aquel estaba envuelto, y el misterio en que luego quedó en cuanto á saberse á quienes fueran los verdaderos autores, y que, sin embargo de la información que hoy se agrega al suceso, que pareció en el primer momento era la solución de este embrollado enigma, aún queda en veremos.

Todos nuestros lectores recordarán los variados detalles del crímen perpetrado en La Figurita en la persona de la señora Teresa Pozzi de Minoli, esposa del chanchero Cayetano Minoli, establecido desde hacía muchos años en la calle Ariguá. También se recordará, que después de muchas averiguaciones en general vagas sin concretación casi, se prendió como autor á Luis Caliero, (a) *El Porteño*, sobre el que recayeron algunas sospechas. Apesar de que éste negó rotundamente su participación en el hecho y de que las pruebas nunca fueron concluyentes, *El Porteño* ha continuado encarcelado de aquel tiempo á la fecha, y el público, en la posibilidad dudosa de que aquél fuera el autor del asesinato, se conformó con la acción de la justicia, y nadie más trató del asunto.

Pero, hétenos aquí, con una nueva periodística, lanzada por el corresponsal en ésta de *La Prensa* de Buenos Aires, y transcripta y comentada por la nuestra, en que aparece un nuevo personaje principal como acusado del delito, llamado Angel Amodeo, también chanchero, conocido por todos con el apodo de *Angiolín*, y preso hoy por tentativa de homicidio en la persona de otro chanchero, de nombre Dante Dallere.

Las noticias del diario porteño sobre el nuevo supuesto criminal, son amplias. Dice que éste recibía frecuentemente cartas, cuyos remitentes, como es natural, no se sabía quiénes eran. Hace algunas semanas se le ocurrió al director de la cárcel interceptar unas misivas que eran dirigidas desde Buenos Aires á Angiolin y las abrió. El firmante de las cartas, cuyo nombre no hace al caso, hablaba al destinatario con claridad relativa de un viejo homicidio consumado por Amadeo en el pueblo de Barracas al Sur, allá por el año de 1883.

El doctor Pastor, actual juez del crímen que entiende en la causa, se incautó de las cartas y ordenó la incomunicación inmediata de Angel Amodeo, al cual sometió más tarde á una serie de interrogatorios, de los cuales ha sacado prueba bastante para sospechar que él es el único y verdadero matador de Teresa Pozzi de Minoli.



La víctima, señora Teresa Pozzi de Minoli

Angel Amodeo, es un hombre joven todavía, alto, fornido, de músculos de hierro y de una fuerza brutal. Es más bien buen mozo, de faz coloradota y de cabellos rubios tirando á rojo.

Nació el año 1859 y tiene actualmente 44 años. Es natural del pueblo de Returbido, en la provincia de Pavía, donde su padre tenía una hostería. El hijo salió de mala cabeza, y cuentan los compatriotas que lo han conocido allá en Italia, que á los 19 años el padre tuvo que vender sus tierras para librarlo de la cárcel, pues había sido condenado por un delito de sangre.

En su ciudad natal era considerado como un individuo peligroso, pendenciero y barullento, por lo que estaba sometido á la vigilancia especial de la policía, que no le permitía andar por las calles durante la noche.

En la Argentina, agrega el mismo diario, cometió en compañía de otro un crímen que quedó impune por su traslado á Montevideo, donde se radicó después en La Figurita. Amadeo trabajó en Montevideo con suerte y asociándose á un amigo, Ernesto Castiglioni, montó una fábrica de productos porcinos, que aún existe bajo otra firma, en la calle Goes, barrio de La Figurita, donde se cometió el alevoso crímen que nos ocupa.

En La Figurita Angel Amodeo, como se hacía llamar, pues su verdadero nombre es José, como lo declaran las personas que lo conocen desde Italia, recibió algún tiempo después de cometerse el hecho de Barracas, la visita de unos individuos, que se supo venían de la Argentina y con los cuales trató un asunto á puerta cerrada. Se sabe que se prendió fuego á unos papeles y que los individuos de quienes se pensó fueran enviados de la policía, recibieron de Amodeo una suma de dinero, embarcándose inmediatamente para esta ciudad. No se sabe si realmente eran pesquisantes, ó si lo que llevaron á cabo fué un *chantage*.



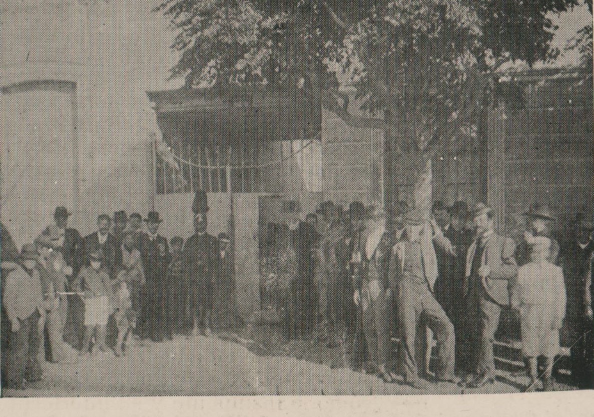
Señor Cayetano Minoli, esposo de la víctima

Una parte de la calle Ariguá

Según otros informes, esos individuos se presentaron enseñando una carta de un compatriota de Amodeo, que fué quien lo ocultó la noche del crímen y denunció el verdadero nombre del asesino.

Amodeo, cuando se ponía ébrio, solía contar el hecho y todos los años, en el día de Santa Rosa, lo recordaba.

En La Figurita tenía mala fama y se dice que ha cometido una serie de fechorías. Cuando quería vengarse ó hacer mal á una persona, se disfrazaba de cura ó de mujer y esperaba al infeliz, para caerle encima. A Cayetano Pozzi, hermano de la muerta, le dió varios golpes en la cabeza con un grueso garrote. Una de las heridas le partió el frontal, y no coutento con eso lo hirió en una mano, gritando que lo iba á matar. Pozzi se salvó esa vez porque intercedieron algunas mujeres.



El frente de la casa donde se cometió el crimen

A un tenedor de libros de la casa, lo esperó una noche disfrazado de mujer y le partió un brazo. Se le acusa y, está casi probado, que invitó á unos chancheros amigos para matar á un colega, Felipe Pozzi, por rivalidades del negocio, proposición que fué desechada.

A varias otras personas amenazó. Pero principalmente siempre persiguió á muerte á los Pozzi. Hará unos doce ó trece años, en el galpón donde se encontraban trabajando, á las 2 más ó menos de la madrugada, Felipe Pozzi, su hermano Cayetano y varios otros peones, arrojaron dos grandes bombas de dinamita, que, felizmente, no causaron daño á las personas allí presentes. Una de las bombas le hirió en la cara á Pozzi. Hasta aquí los informes de *La Prensa* porteña.

Las noticias que aquí se tienen, sin embargo, no prueban la culpabilidad de Amodeo.

BLASON

En un rincón de la desierta isla
donde crecen altivo los palmares,
Ella... en su libro rojo,
releía en sus horas de pesares,
los versos decadentes...
de su amado...
el bardo impresionista,
del Arte y de la forma enamorado!

y sentía expansiones,
cortas vidas,
y eróticos deseos,
removerse en sus fibras adormidas...
y aprendió nuevos cantos,
y nuevos pensamientos con sus galas,
como blancas cigüeñas...
agitaron sus alas!

Justo PASTOR RÍOS.



Pepe

No sé qué extraña simpatía nos unió; desde el momento en que nos conocimos nunca fué él para mí el señor Nogales: fué simplemente Pepe, y era de ver á aquel excelente viejecillo alternando con nosotros, muchachos pobres y desarrapados.

Una noche de navidad, la recuerdo como si fuera hoy, Pepe nos obsequió con una cena; cena opípara, monumental, más suntuosa para nosotros que las bodas de Camacho; en ella se comió bien y se bebió mejor; á los postres, cuando el vino comenzó á hacer sus efectos, la reunión, harto alborotada ya, se tornó en locura: todos brindaban, todos reían; pero ninguno escuchaba; estábamos en el período álgido de la alegría. Pepe, más tranquilo, aunque no menos alegre, sonreía bondadosamente. De pronto una voz ronca, entorpecida por el vino se elevó sobre las otras: Jaime el escultor que pedía hablase el anfitrión: todos aplaudimos. Pepe, de pie, alzó su copa y brindó; brindó por la amistad, por el ideal, y su voz, llena de suaves inflexiones, llena de fuego, daba á su estilo los matices más floridos y castizos, como si en el cuerpo de aquel viejecillo anidase una alma de artista. Un aplauso unánime acogió sus últimas palabras. Después la voz de Jaime volvió á alzarse: eh! viejecito mío, tú también debes ser artista, porque sino ¿cómo demonios ibas á sentir todo lo que nos has dicho? —No, no soy artista: amo y siento el arte, pero jamás he podido darle forma; tú, Jaime, si me entregases tus buriles y un bloque para que te devolviese un busto, tendrías el pesar de volverte con tu bloque íntegro y tus buriles rotos, y me acontece lo mismo con la música, la poesía y la pintura; jamás, aunque lo he intentado mil veces, he logrado hacer nada. Y ¿quieren saber por qué?



Pues bien, porque nunca he amado—¡Ah! corazón de piedra—¡Aquiles del sentimiento!—¡Pedernal! y otras frases por el estilo cayeron como anatemas sobre el pobre Pepe que sonreía tranquilamente esperando que pasara el chubasco. Entonces, dijo uno, tú eres casto. No;—el decir que nunca he amado no significa que haya huído de la mujer, no; he tenido muchas afecciones; pero afecciones simplemente que no han dejado en mi alma el menor rastro y que, menos crueles que los años que se han llevado mis cabellos, han dejado íntegros mis sentimientos y por eso comparto vuestras locuras, porque mi alma es joven todavía y sueña el ideal aunque me parece tarde para alcanzarlo. Aquí la voz de Pepe se hizo triste, y sin embargo, nadie le hubiera echado en cara sus años: de todo él emanaba un fluido de vida y de juventud, sus ojos chispeantes, su palabra apasionada; sus corteses ademanes indicaban en él al hombre correcto, social, no al vejete pretensioso, ávido de mostrar una juventud ya pasada.

Después de sus últimas palabras, Pepe se volvió hacia mí y me dijo: espero que mañana no faltarás á la comida de la señora de X. Le prometí seriamente asistir. Después nos despedimos.

Salvando grandes dificultades pude al fin á las siete de la noche siguiente sentarme á la mesa de la señora de X; ahí estaba mi amigo irreprochablemente vestido. Tenía á su izquierda á una hermosa morena de ojos más negros que un abismo y más alegre que una pandereta. Pepe debía sin duda estar muy inspirado y decir cosas muy interesantes á la señorita Aurora, porque ella le escuchaba con mucha atención á pesar de los vanos esfuerzos que hacía un almibarado pollo por distraerla. Indudablemente, que mi amigo debía estar orgulloso de tan bello auditorio porque á cada momento se hacía más insinuante y su interlocutora se mostraba más afable, más atenta. La voz de la dueña interrumpió el diálogo: veo, señor Nogales, que ataca usted bravamente una fortaleza y al parecer no le es inexpugnable. Ten cuidado Aurorita, ¡Nogales sabe mucho! Luego la conversación se generalizó sobre el eterno amor, sin que Pepe ni su vecina se preocupasen de ello.

Cuando salimos, Pepe me acompañó; estaba excesivamente nervioso, indudablemente los ojos negros le habían herido en el alma y pensando en esto recordé la hermosura de la señorita Aurora y exclamé sin pensarlo: ¡es muy hermosa! y Pepe como un eco me respondió: sí, muy hermosa, soberbia! Y continuamos sin volver á dirigirnos la palabra. Ya en la puerta de su casa se detuvo y tomándome una mano me dijo: oye, ¿no crees tú que es tarde para empezar, y que á mis años sería una locura? Y sin darme tiempo para responder desapareció en el interior.

Con gran sentimiento de nosotros Pepe había desaparecido, y no era para menos nuestro dolor, porque además del cariño que le profesábamos, tenía la buena costumbre de fumar excelentes cigarrillos con los que nos obsequiaba. Cuántas y cuán absurdas suposiciones se hicieron sobre la misteriosa desaparición; sólo yo tenía un pequeño dato; pero lo callé por temor á la mordacidad de mis amigos.

Una noche que en busca de amorosos devaneos no había conseguido otra cosa que excitar una robusta mamá que me puso en fuga, me dispuse á cobrarme en otro lo que á mí me pasaba. Pocas calles había caminado cuando se presentó á mis ojos lo que deseaba: una amorosa pareja, ella en el balcón y él en la calle, platicaban descuidados; fiel á mi propósito atravesé la acera dispuesto á interrumpirlos con mi presencia; pero grande fué mi sorpresa al ver que la bella del balcón era la señorita Aurora y el audaz galán nada menos que mi querido amigo Pepe. Fingí no haberlos visto; pero él me había reconocido y como otra vez en la puerta de su casa, me tomó la mano y me dijo: callarás, te lo suplico; bien sabes que se burlarían y esto es serio. Se lo prometí y seguí camino de mi habitación ya tranquilo.

Meses después de aquella noche, durante los cuales apenas había visto á Pepe, recibí una atenta esquela en la que me invitaba á su enlace; aunque lo esperaba, no dejó de sorprenderme, pero desde luego me prometí asistir.

Nada más agradable que esa elegante pareja; nadie se detuvo á fijarse en la diferencia de edades y puedo decir que ésta casi no se notaba. Pepe, con la corrección de siempre, mostraba orgulloso el ramo de azahares colocado en el ojal de su irreprochable levita; parecía que las blancas flores del naranjo despidiesen un hálito de juventud y de vida que llegaba hasta el alma de Pepe. Aurora, esbelta y elegante, irradiaba triunfalmente en su hermosura.

Cuando terminó la ceremonia y me tocó mi turno de felicitar á los desposados, Pepe me atrajo cariñosamente y me dijo casi al oído: ahora sí soy artista, he hecho lo que ninguno de ustedes, puesto que á mi edad he creado una pasión.

Y era la verdad, pues de los ojos negros se desprendía una ardiente mirada que envolvía á mi amigo como en una apoteosis de gloria y amor.

Luis ESTEVES CHACALTANA.

Junio, 1903.

En un álbum

Cuando enseñas tu prontuario
Pidiendo versos ó gemas
Un fraile te lee el breviario
Un abate sus poemas.

El pintor pinta tu busto
En un blasón de duquesa
El orfebre tu retrato
Engarza en una turquesa.

Un bruno hace sonar
Al aire su pandereta
Y escribe esta florial
Junto á tu imagen, Julieta.

Víctor BONIFACINO.

Junio, 1903.

Vorrei morire

Yo quisiera morir en pleno día
viendo llegar el sol hasta mi lecho,
como un amigo alegre y satisfecho
que viene á visitarme todavía.
Morir quisiera en paz, y en mi agonía
estrechar afanoso contra el pecho
á la mujer que conquistó el derecho
de hacerme suyo por llamarse mía.
Yo quisiera morirme dulcemente
como mueren los pálidos ancianos
de faz inmaculada y sonriente,
sintiendo como céfiros livianos
resbalar por mis ojos y mi frente
ósculos dulces y piadosas manos.

Bonifacio BYRNE,
(Cubano).

(Del libro «Lira y Espada»).

Tengo un secreto...

¿Sabes? Te quiero mucho, y si ha crecido
la falda leve de tu veste alta
viendo las creces de mi amor resalta
que ha crecido muy poco tu vestido.
Ven y acércate á mí. Pulsa el latido
de amor ardiente que á mi pecho exalta,
y bríndame valor porque me falta
balbucear unas frases á tu oído...

¿Sabes?... Tengo un secreto que me quema
aquí en los labios. ¡En amante exceso
con él he de olvidar penas y agravios!
¡Ese secreto es ansiedad suprema!
No te lo digo... ¡pero dame un beso
aquí donde me quema, aquí en los labios!

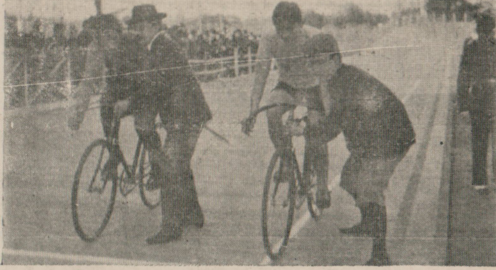
Luis FERNAN CISNEROS.

Lima, 1903.

En el Velódromo



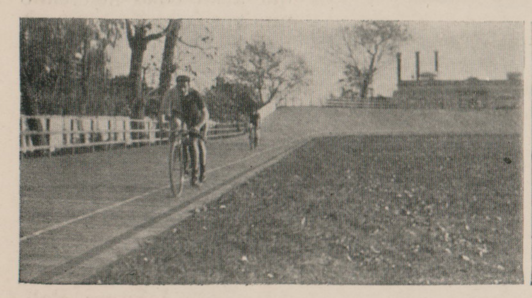
1.ª carrera.—La partida



Blanco y Mazan, al partir en la 2.ª carrera, ganada por Mazan

La fiesta ciclista celebrada el domingo último en el Velódromo Nacional á beneficio de la Cruz Roja no lució mucho, sin embargo de todos los preparativos que se habían hecho, y de estar prestigiada por el distinguido patronato de damas de la humanitaria institución, en obsequio de la cual se verificaba aquella. ¿Las causas? Las causas fueron más que nada la diversidad de reuniones interesantes que ese mismo día se efectuaban, las carreras de caballos en Maroñas, el Prado, el *football*, etc.

Sin embargo, el Velódromo el domingo tuvo



3.ª carrera, en tandem.—Dando la vuelta

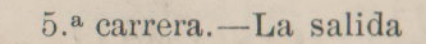
sus instantes amenos con la alegre concurrencia femenina que fué llegando poco á poco, y deslizándose en animados grupos por el verde redondel de mullido pasto que ahorca la esfera del circo. Desde allí, el público en mayoría, hizo muchas cosas á la vez: charló sobre asuntillos de sociedad que es plato abundante, *flirtió* en lo que pudo, tuvo sus apartes idílicos de parejas incansables, y presenció la silenciosa velocidad de los luchadores ciclistas. En fin, hizo cuanto pudo...

El palco se había adornado con guirnaldas de laurel y flores, y banderas y gallardetes.

A las 2 de la tarde hicieron acto de presencia, el encargado de negocios de Chile acompañado de su esposa la señora Ema de Castro de Larrain Irarrázaval y el doctor Pedro Figari en representación del presidente de la República, acompañado de su señora. Momentos más tarde llegó el doctor Alonso Criado cónsul de Chile.

La reunión estuvo amenizada por la banda militar del 4.º de Cazadores, enviada galantemente por el ministro de la Guerra.



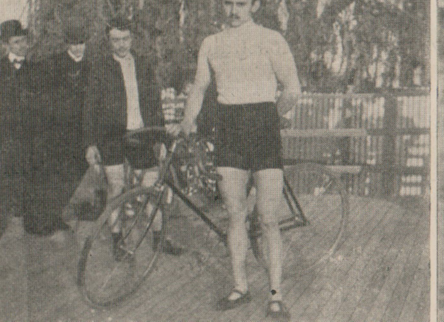


5.ª carrera.—La salida

Entre la concurrencia asistente vimos á las familias de Piera, Díaz, Ramírez, Muñoz y Mainés, Gallardo, Vaillant, Arregui, Cendoya, González, Ortiz, Scandroglio, Trabucatti, Giudici, Carreras de Bastos, Segarra, Otero, Romero, Lanza, Echebest (M.), Carabelli, Sienra, Sárraga, Sainz Rosas, Stajano, Vaeza y Rius.

Al terminar la fiesta, la Comisión obsequió con un ramillete de flores á la concurrencia femenina. Adjunto ofrecemos una información gráfica sobre el torneo de ciclistas.





El ciclista argentino Mazan, ganador de las 2.ª y 5.ª carreras



Los corredores argentinos que tomaron parte

Fots. de Ramón Blanco.

Del Paso de los Toros

Del Paso de los Toros se nos remite la fotografía que adjuntamos, que da cuenta de una de sus acostumbradas tenidas al aire libre, de la sociedad recreativa «Cosmopolita».

en nada el amplio título del estandarte social. Bajo las frondosidades de los árboles en selva, llevados todos por un mismo afán de expansiones, pasaron el día de la fiesta, el 25 del pasa-



Sociedad recreativa «Cosmopolita»

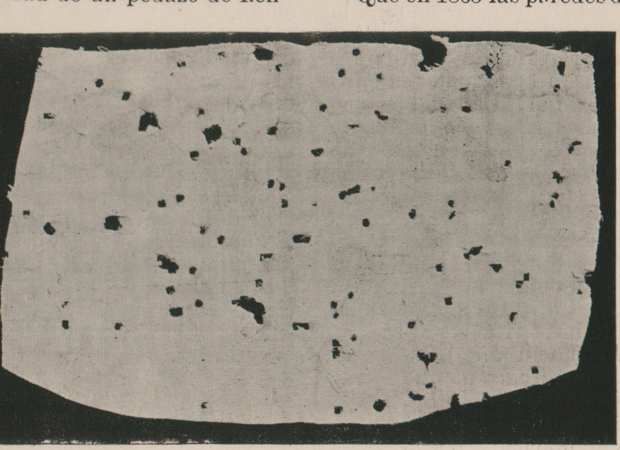
Esta como todas las otras fiestas celebradas anteriormente y con la asiduidad que puede ofrecer el capital social, resultó brillante en sumo grado, de grata recordación para los vecinos de ese punto y sobre todo para la asistencia que fué numerosa y cosmopolita, para no desmentir

do Mayo, hombres, mujeres y niños, en comunión de familia, en plena naturaleza, con ramajes como techo y el verde fresco pasto como alfombra.

Después de terminado el día de campo, todos los que fueron soñaron con otro...

Un lienzo histórico

El señor Eduino Sanz, en representación del señor Ricardo Sienra, gestionó últimamente en Paysandú la autenticidad de un pedazo de lienzo de 50 centímetros de ancho por 90 de largo, que fué arrancado de una de las paredes del lado Norte de la Jefatura local, como un recuerdo histórico de la toma de esta ciudad en el año de 1865. El pedazo de lienzo presenta más 80 agujeros producidos por descargas de fusilería en aquella época, y fué retirado por un empleado de la Jefatura, quien lo regaló á un ministro poco tiempo después de los sucesos del 65, y éste á su vez lo regaló á su actual poseedor, señor Ricardo Sienra.



El lienzo donado al Museo Nacional

Este señor logró, después de muchos trámites, certificar con vecinos de la época y ante escribano público, la verdad de la antigualla histórica. El objeto deseado era donarla á nuestro Museo Nacional, lo que aquél pudo luego verificar, remitiéndolo á él acompañado del certificado de identidad correspondiente, que dice así:

«A solicitud de don Eduino Sanz, encargado de don Ricardo Sienra, declararamos:

«Que en 1865 las paredes del salón principal de la Jefatura Política de la localidad estaban cubiertas con lienzo empapelado, del cual es una parte el trozo que en este acto tenemos á la vista y que presenta más de ochenta agujeros producidos por las descargas de fusilería del ejército aliado que tomó esta plaza el 2 de Enero de 1865; constándonos los hechos expresados por haber concurrido frecuentemente á dicho local en esa época.

«Y á los fines que convengan, en la ciudad de Paysandú á 19 de Mayo de 1903, suscribimos este documento firmado á la vez el trozo de lienzo referido.

«(Firmados) José Morelli, Isidoro Pérez, Manuel V. Cameselle, Abdon L. y Pereira (Sello de Juan D. Scheweizer escribano público, Paysandú).»

Libertino

(De «Copos de Espuma»).

Afuera ruge el viento haciendo chirriar las veletas de los templos, doblegarse gimiendo los árboles rebeldes, arrullando con su ruido el sueño de los felices en su lecho de plumas y haciendo tiritar los tristes en su lecho de harapos.

Adentro, atmósfera distinta. Nido de amores voluptuosos. En torno de la mesa rostros risueños. La luz haciendo visos de ópalo y nácar en la dispersa vajilla. Las flores como marchitándose en los grandes jarrones en aquella atmósfera en que todo era fuego, las luz y las pupilas, la sangre y el deseo. El champaña desbordándose de los vasos, y el beso ardiente de los rojos labios. Los senos de hembras cuasi descubiertos, nidos de amor esperando ósculos viajeros que vengan á posar allí. Música de risas, desmayado centelleo de pupilas, inquietud de manos amorosas. Cualquiera habría dicho, oyendo aquel susurro, grupo de dioses antiguos en el follaje de un bosque.

No era cuadro de pastores y zagalas; Fray Luis de León no lo habría cantado.

Amor batía sus alas y retozaba allí; pero sobre el seno de Venus.

Azules mariposas del pantano, azucenas dobladas en el lodo; el polvo de oro caído de las alas embellece el agua fangosa; el perfume de cálices abiertos llena de aromas el aura mefítica.

Bella es la rubia aquella, blanca como la nieve del Tolima; su cabellera de gualda semeja corriente de oro en polvo sobre cauce de mármol; la pupila azul, firmamento de pasión; el seno, mar en tormenta; reclinada en los brazos de su amigo, que viste de frac, semeja sobre aquel fondo, estatua de ángel en pedestal de mármol negro; susurro tenue forma su voz de pasión languideciente y se la ve estremecerse como un junco del lago al contacto de la ola.

Color de noche el cabello y color de alba la frente, así es aquella otra. Sus pupilas se dirían diamantes negros, tanto así oscuros y brillantes son. Largas pestañas velan las pupilas en cuyo fondo juegan las tormentas. Lánguida como una virgen de la Biblia, esbelta como palma en la llanura, tiene de los fulgores de Sevilla y de los montes tristes de Circasia. Belleza hecha para un serrallo, todo en ella es pasión, toda ella es fuego. Entornados los párpados, entreabiertos los labios, tiembla de voluptuosidad en los brazos del mancebo, como garza en brazos del cazador que la ha quitado á la jauría. Con cuanta pasión le enlaza el brazo al cuello y buscando bajo el naciente bozo el labio ardiente, se prende á él como un niño hambriento al pezón de la madre, como una abeja al entreabierto cáliz de una flor. Ondulaciones de tormenta tiene el pecho que se agita como vela hinchada por la brisa y hace temblar en él la inquieta mano de su amigo.

Sedienta cierva que llega jadeante á la fuente en el árido arenal y se sacia en ella.

Aquella tercera también es hermosa.

Nube de cólera nubla su faz de estatua griega. El hastío está cerca de ella. El hombre que esa noche le ha tocado de compañero, ni es joven ni la besa con pasión. El amor de los hombres de edad tiene el frío del crepúsculo en una tarde otoñal.

Los besos de aquel hombre pasaban sobre aquella frente como una ráfaga de aire sobre la cabeza de una estatua. Sus manos habían tocado las formas de la diosa con un placer de artista, no con una pasión de hombre.

El hombre, callado, meditaba.

Los dos grupos frente á él, le robaban la atención.

Los de aquel sofá azul parecían un nido de palomas en la superficie de una ola.

Los otros, en un confidente rojo parecían como hudiéndose en una de esas nubes incendiadas que forma el sol poniente, como durmiéndose en un nido hecho de plumas de garzas rojas de las orillas del Orinoco.

La mujer que había allí lo tenía fascinado. Entornadas las pupilas, la contemplaba como en un sueño. El la había visto en alguna parte, ¿dónde? el recuerdo estaba envuelto en espesa sombra, tenía vaguedades y tristezas de horizontes lejanos. No había duda, él había tenido aquella mujer entre sus brazos, aquellos ojos lo habían mirado así, tan cerca como miraban hoy á ese mancebo. La contemplaba entonces como un marino á un objeto sobre una playa remota.

El recuerdo la iba desnudando poco á poco. Arrancaba flores de su cabeza, joyas de su cuello, sedas y encajes de su cuerpo. La impudicia no la ofrecía desnuda. Trocóle la memoria aquel traje por uno de aldeana sencillísimo. Viola entonces en el atrio de una iglesia, al salir de misa, con ojos azorados mirando la multitud. Paisajes de campo alzaron entonces sus horizontes en la mente.

Allá el llano cubierto de dehesas, la senda tortuosa que conduce á la colina, el bosquecillo de sauces, y en él, como escondida la pajiza choza.

La aldeana de los grandes ojos estaba allí.

¡Luego aquella tarde! Tintes anaranjados en el cielo. La sombra avanzando sobre la llanura verde como una ola perezosa. La quietnd de la Naturaleza, la calma de la tarde, el silencio del campo. La blanca vaca marchando delante; el ternerillo juguetón saltando luego; el anciano perro fiel compañero de la niña, y ella triscando alegremente con un ramo de albahacas en la mano.



Luego, el sonrojo de ella en el súbito encuentro, el silencio que guardó, el miedo que expresaron sus pupilas, la ansiedad de náufrago con que veía la casa tan lejana, el miedo con que entró en el monte para atravesarlo...

Después la oscuridad de aquel follaje, la tarde de huyendo, los tintes negros sobre el cielo, aquel follaje umbrío, aquel lecho de grama, la resistencia desesperada, el grito de angustia y aquellos ojos tan indignados y llorosos que tan de cerca lo miraban...

—Rosa, Rosa, exclamó el hombre como si se despertara.

—¿Qué me queréis? dijo la joven del sofá dejando su red de brazos y viniendo á él.

—¿Os llamáis Rosa?

—Como mi madre, y la pecadora bajó los ojos comprendiendo la profanación de ese nombre allí.

De los labios del hombre se escapó el nombre de un pueblo; la joven lo repitió diciendo: ese es el mío.

—¡Veinte y dos años! dijo el hombre como si soñara.

—Los que tengo, repitió ella.

Nada más pudo decir, porque su compañero la arrebataba de nuevo.

Y volvió el poema interrumpido.

Sintió el hombre el ruido de los besos, como golpes en las sienes.

Y vió que las aves abandonaban el nido, y se perdían tras las cortinas del vecino aposento, y el murmullo de sus voces, como las luces, se apagaba...

Le pareció que una voz le decía:

—¡Tu hija! ¡tu hija! la profanan.

—Respetadla, quiso gritar.

—¿Respetaste la madre? le gritaba una extraña voz.

Entonces miró en su torno. La mujer que había estado á su lado dormía.

Los del nido azul no estaban allí.

Inmóvil estaba á la puerta de los del nido rojo.

Alzó la mano como para herir la puerta y pedir venganza.

Le pareció que el eco de una carcajada sonaba allí.

Bajó el brazo y la cabeza y se alejó tristemente.

Descendió la escalera y salió á la calle.

El hombre calvo parecía un fantasma.

La lluvia había cesado; el viento gemía aún como llorando su ausencia.

Parecióle que algo negro caminaba delante de él arrastrándose por el suelo.

Se detuvo: la sombra también.

Anduvo él: anduvo ella.

La examinó temblando.

Tenía los brazos negros y era una cruz. Flores del campo, todas blancas, cubrían los pies del madero. Un nombre bruscamente grabado había allí: *Rosa*.

Llevóse el libertino la mano á la frente y dobló la rodilla.

Cuando volvió en sí, había amanecido. Asomaba el sol en el cielo, cantaban las aves, sonreía el mundo y había en torno suyo uno como inmenso rumor de epitalamio.

J. M. VARGAS VILA.

Manos blancas



Manos blancas, satinadas,
Con leve azul en las venas,
Manos color de azucenas
Por el alba sonrosadas;
Manos que fuisteis besadas
Allá en mis horas de penas:
Sed conmigo otra vez buenas,
Cuando sufro delirante;
Acariciadme un instante,
Manos color de azucenas.

Manos suaves y pequeñas,
Manos de color de cirio,
Manos blancas como el lirio
Como el ave, de sedeñas.
Manos que haciéndome, en señas,
La santa Cruz del martirio,
Nuestro amor hasta el delirio,
Con fe y juramentos vanos,
Me hicisteis creer, ¡oh manos,
Manos blancas como el lirio!

Manos que yo he descalzado
De guantes, en la arboleda,
Manos suaves cual la seda,
Que con ansias he estrechado;
Manos con que yo he soñado,
Cual otro cisne de Leda,
Ser dichoso donde pueda
Ver mi esperanza cumplida:
¡Tened piedad de mi vida,
Manos suaves cual la seda!

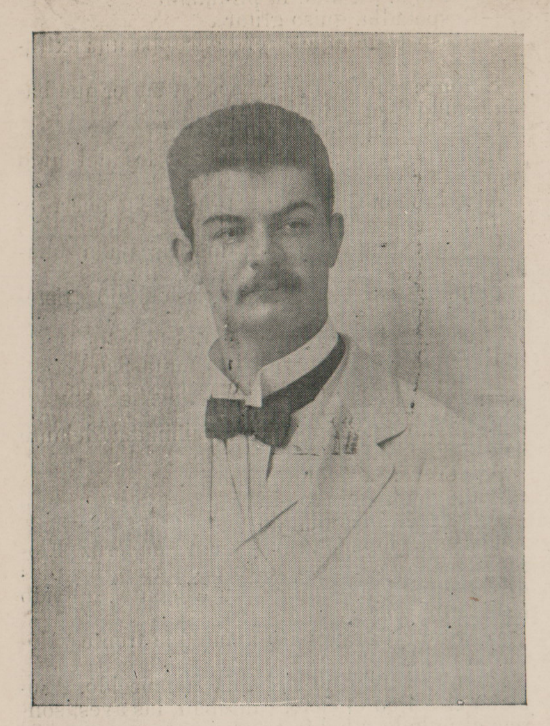
Manos que con fanatismo
Adoro en santo fervor,
Manos blancas de mi amor,
Símbolo de un despotismo...
Salvadme ya del abismo:
Escribidme por favor;
Y si este inmenso dolor,
Con vuestra piedad no calma,
¡Arrancadme luego el alma,
Manos blancas de mi amor!

M. ALVAREZ MAGAÑA.

Junio, 1903



Actualidad extranjera



El rey Alejandro de Servia, asesinado el miércoles último



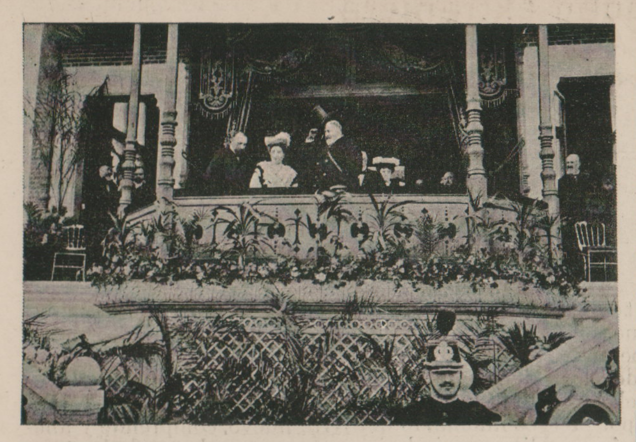
La reina Draga Maschin, asesinada el miércoles último

En la madrugada del miércoles de la semana que hoy termina, fueron asesinados á tiros en Servia por una vasta conspiración del ejército contra sus soberanos y su gobierno, el rey Alejandro, hijo del rey Milan, la reina Draga Maschin, esposa de aquél, la hermana de ésta, el Ministro de Instrucción Pública Marcavirch, el de la Guerra Paulovitch, y el ayudante de campo general Perovich y varios otros personajes de la corte. En el deseo de dar á nuestros lectores una rápida información de los sucesos, sin perjuicio de ampliarla cuando nos lleguen nuevos datos gráficos de nuestro corresponsal en Europa Marcos Vegnani Bernasconi, hemos tratado de ofrecer en el presente número los retratos de los dos principales asesinados, los reyes Alejandro y Draga, únicos causantes directos de la fatal conspiración del ejército, que ha suplantado en el término de unas horas, una casa real por otra.

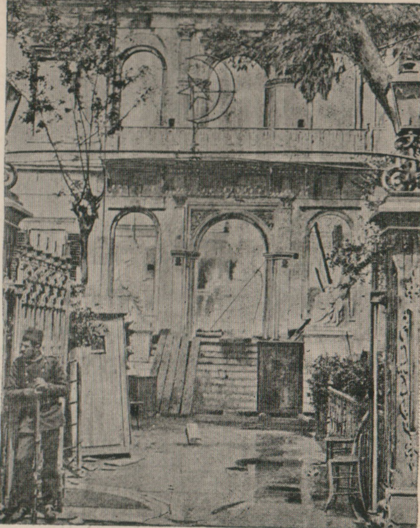
El asesinato se verificó entre una y dos de la mañana del miércoles en el Konak, palacio de residencia de los reyes, después de haber forzado las guardias de servicio. Esto sucedía, mientras cerca de Belgrado se proclamaba el nuevo rey Pedro Karageorgevitch.



Víctor Manuel III y Guillermo II, revistando el ejército italiano en Centocelle (Roma)



El rey Eduardo VII presenciando las carreras de Longchamps



Ruinas del Banco Otomano de Salónica

Las causas primordiales fueron las siguientes. El rey Alejandro se había casado con Draga Maschin, que se decía era su favorita, contra toda la voluntad de la familia y del pueblo que no quería á aquélla como soberana del reinado por su falta de nobleza y las hablillas que de ella circulaban. Varias han sido las veces en que conspiraciones, fracasadas luego, tuvieron por objeto hacer lo que acaba de hacerse. El rey Milano, soberano que abdicó la corona en beneficio de su hijo, fué el jefe de una de esas conspiraciones, como generalísimo del ejército servio. Descubierta la trama, el rey Milano fué destituído de su puesto, el que siguió tramando bajo cuerda la que salió á luz el miércoles último.



Vista de Salónica desde el puerto



Salónica.—La calle del Cónsul

—Por los telegramas y por otras informaciones que ya hemos dado, el público está enterado de la visita del rey Eduardo VII á la capital francesa. Hoy ofrecemos una vista del rey presenciando las grandes carreras verificadas en Longchamps.

—Y va de visitas reales. Guillermo II de Alemania visitó últimamente á Víctor Manuel III. Con este motivo en Centocelle se efectuó una parada militar, la que fué revistada por los reyes citados.

—Otro suceso de trascendencia en Europa fueron los sucesos de Salónica. Los búlgaros tramaron una extensa conspiración en esa ciudad destrozando con bombas de dinamita algunos edificios públicos. Uno de ellos fué el Banco Otomano.

La huelga de los panaderos



El domingo último celebraron los mozos de panadería en huelga una manifestación silenciosa con los estandartes sociales á la cabeza, que recorrió varias calles de la ciudad, como protesta de la actitud asumida por los patrones que no quieren aceptar sus pretensiones.

Y debido á esta situación decidida de las dos partes, en que ni una ni otra quiere ceder un ápice, el abastecimiento de pan á la ciudad se resiente, y la gente clama por que esta situación termine de una vez.



Causserie

Rubén Darío.

Hay escritores americanos que son viajeros perpetuos, ciudadanos de la Cosmópolis del Arte. Llevados por el propio instinto ó por esa cruel necesidad que se cierne sobre los privilegiados de la Belleza, vagan por los grandes centros del Arte, y se hacen discípulos de todos los maestros y prosélitos de todos los cultos. De ellos es Rubén Darío.

Ha escrito en su prosa admirable, el recuerdo de sus últimas «peregrinaciones» por Francia, la nación luminosa, y por Italia, la eterna artista. Son muy gratas estas páginas en que el gran poeta americano ha dejado la huella de sus impresiones y el tributo de su adoración respetuosa. Visitó París en la época de la gran Exposición, caando concentraba aquélla en sí la atención del mundo; y ha escrito bellísimas crónicas sobre esta gloriosa fiesta del ingenio, donde «el alma encantadora» de París, cantó el sublime salmo del triunfo y de la belleza. Rubén Darío hace sentir la infinita actividad de la metrópoli francesa, la vibración continua de su cerebro potente, la curiosidad nunca saciada de aquella vieja Lutecia, transformada siempre por el filtro mágico de su arte. Estudiar á París, es abrir el espíritu á las corrientes más opuestas, á esos «cuatro vientos del Espíritu» cantados por el poeta. París es multiforme, antinómico, resonador vigoroso de todos los ecos. Rubén Darío, de alma compleja y de espíritu sutil y plástico, ha compendiado en algunas páginas sus impresiones sobre tan varias tendencias y tan prodigiosas transformaciones. Habla de Jaurés, el orador socialista; del sermón glorioso de Ireland, el prelado liberal; discute el arte enigmático de Rodín y nos inicia en los secretos de los *cabarets;* se hace á veces prosélito de la Iglesia nueva de Swedembourg, el extraño místico del Norte y en otras, alaba á Wilde, el artista enfermo, el sublime creador de «Salomé». Sobre todo, nadie como Darío, comprende la «decadencia» parisiense, nadie como él gusta del arte pérfido del pobre Lilian, nadie como él, dulce iluminado del Arte nuevo, comprende y analiza esas indecisiones crepusculares de los nuevos artistas, ese placer doloroso de las perversiones estéticas; nadie como él, opone á esta sombría visión de tarde gris, la evocación gloriosa del ideal sajón, fuerte, joven, robusto, dueño del Porvenir.

Yo creo que Rubén Darío es el americano que mejor sabe expresar el alma inquieta de París. Gómez Carrillo, el *chroniqueur* brillante y sugestivo, es un enamorado que no discute sino aplaude, para quien la gran ciudad tiene el prestigio de una maga de hoy, dueño de ensalmos y artes prodigiosos. Aún literariamente, Rubén Darío es superior á Gómez Carrillo en profundidad de visión y en arte de estilo. El da siempre la nota tónica, llega á la médula, mientras que Carrillo, más joven y menos crítico, se queda en la superficialidad brillante, en los matices que fascinan y enamoran. Gómez Carrillo interesa y deleita; Rubén Darío hace pensar y lleva á los labios frases de tristeza ante la gaya prodigalidad del alma latina. ¡Qué páginas tan hondas consagra á Rodín, el gran artista de la fuerza, que en sus esculturas, fuertes y avasalladoras, como los cíclopes clásicos, esconde un símbolo trágico, á lo Nietzche! Y qué prosa la de Darío tan llena de matices, tan viva y ágil, en que parecen unirse la gracia clásica y la robusta virilidad del arte moderno.

Por hermosas, por brillantes que sean las páginas consagradas á París y á su arte maravilloso, más sentidas y más hondas, más artísticas son las que dedica á su viaje por Italia. El también, como Goethe y como Taine, ha renovado su idel artístico en Italia y ha sentido el beso de esa tierra sagrada. Su impresión es menos límpida y gloriosa que la del germano olímpico, menos sanguínea y coloreada que la del crítico francés, pero más entusiasta y más moderna. Desde la primera página, empieza el himno á Italia, la serie gloriosa de recuerdos de Arte y de tradiciones legendarias. Rubén Darío comprende el arte italiano en su plenitud, en la variedad inagotable de sus direcciones; desde Fra Angelico hasta Giotto y desde Rafael hasta Miguel Angel, su prosa cambia y se decora con nuevos adornos ante las diversas escuelas. Rubén Darío no es pagano como Goethe, pero ha sentido á su paso por Italia, el paganismo de aquella tierra, la huella perdurable de la claridad apolínea y de los mitos poéticos. Italia, según el poeta, no ha podido arrancarse la vieja túnica: todavía se descubre en su suelo la planta del Centauro y se escuchan en su ambiente sereno los primeros cantos de Horacio.

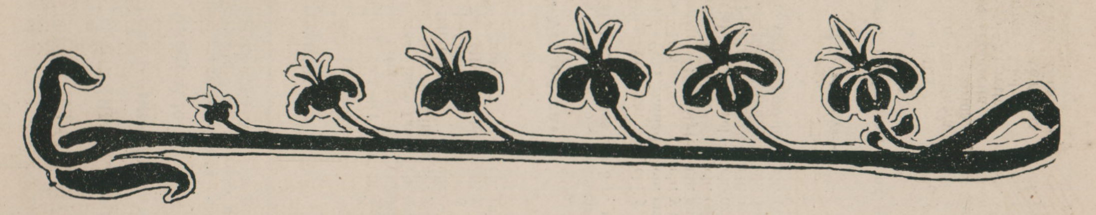
Pero, también, como oposición á este espíritu que perdura, Darío ha consagrado algunas páginas, de admirable juventud, al Gran Anciano de Roma, padre de ideales y centro de miradas católicas. La impresión de su visita al Vaticano es lo más notable del libro: en ella ha derrochado el poeta esa lengua rica, ese audaz empleo de metáforas y símbolos, esa dulzura de su prosa rítmica, todo su arte, en lo que tiene de más original y brillante. Son páginas inspiradas que valen más que todos los ditirambos en honor del «Papa Blanco», como Darío lo llama.

El último libro de Rubén Darío es digno de la brillante serie que inauguraron «Azul» y «Los Raros». El mismo arte, la misma juventud de estilo, el mismo entusiasmo por la Belleza y un sabor de crítica moderna, robustecida por la experiencia y por los años. Si Rubén Darío es «decadente», como quiere Max Nordau, es el más encantador de los decadentes, el más abierto y tolerante. Se ha revelado digno de comprender la belleza de Italia: es bastante para gloria de un «peregrino» del Arte. Y ha escrito un libro que deleita y abre nuevas perspectivas, un libro complicado y sabio, lleno de sugestivos recuerdos de D'Annunzio y Rossetti, de Browning y Verlaine, de todo ese arte actual, lleno de novedad y de brío.

¡Oh, le grand Charmeur!

IDEM.

Marzo de 1903.



Negrerías

Por una negra señora
Un negro galán doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
Hablóle una negra noche,
Y tan negra, que parece
Que de su negra pasión
El negro luto le viene.
Lleva una negra guitarra.
Negras las cuerdas y verdes,
Negras también las clavijas,
Por ser negro el que las tuerce.
«Negras pascuas me dé Dios,
Si más negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
«Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe».
La negra señora entonces,
Enfadada del negrete,
Con estas negras razones
Al galán negro entristece:
«Vaya muy en hora negra
El negro que tal pretende,
Pues para galanes negros
Se hicieron negros desdenes».
El negro señor entonces,
No queriendo ennegrecerse
Más de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuése.

LUIS DE G. Y ARGOTE.



Viene mi «rubia», me le acerco... y le digo: «Por una negra señora...







Por el río Santa Lucía

"LA ALBORADA"

PROGRAMA PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DEL "JOCKEY-CLUB"

PROGRAMA OFICIAL DEL DOMINGO 14 DE JUNIO DE 1903

Comisarios del mes de junio: señores Juan Victorica, Agustín J. Moratorio y G. Piccioli

1.ª carrera—Premio «Gargouille»

Handicap para caballos de 3 años y más edad, perdedores y ganadores de una carrera en todo tiempo y para los que no hayan ganado en 1903.—Distancia: 1200 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios $ 350 al 1.º y $ 50 al 2.º.—Excluídos los ganadores de clásicos.—A la 1.30 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
S. Cuaró	1	«Mario»	zaino	4	58	Jonquill—Love Leter	ch. marrón g. oro
S. Santa Lucía	2	«Acomodo»	zaino	7	58	Salomón—Princesa	ch. col. mg. y g. oro viejo
» »	3	«Ebano»	oscuro	5	52	Stone-Cross—Eary Love	ch. col. mg. y g. oro viejo
S. Navarro	4	«Chato»	zaino	6	53	Rusticus—hija St. Simón	ch. y g. cel. b. col. y am.
S. Treinta y Tres	5	«Olimar Chico»	oscuro	5	51	Pan y Bambina	ch. y g. punzó b. blanca
S. Lutece	6	«Zorro»	alazán	7	51	Oriental—Calaguala	ch. y g. pzó. mg. amarilla
S. Recuerdo	7	«Amina»	zaina	3	47	Mevoisin—Miss Bowler	ch. y g. azul
S. Apolo		«Divisa»	zaina	4	48	Aquiles—Raquel	ch. turquesa g. colorado

Forfait. *Divisa.*

2.ª carrera—Premio «Vivandera»

Handicap para todo caballo ganador de más de 1500 $ en todo tiempo.—Distancia: 1400 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: $ 450 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 2 y 5 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
E. Chantilly	1	«Kartoum»	alazán	4	60	El Amigo—Violette	ch. y g. punzó
S. Uruguay	2	«Uruguay»	zaino	3	56	Progreso—Conformidad	ch. celeste g. blanca
S. Yatay	3	«Cassio»	alazán	6	43	Camors—Delicada	ch. y g. azul mar á l. bls.
S. Clover	4	«Hierro»	alazán	4	55	St. Honorat—Hippolyte	ch. az. mgs. o. g. az. y o.
S. Santa Lucía	5	«Acomodo»	oscuro	7	52	Salomon—Princesa	ch. col. mgs. y g. oro viejo
S. Buenos Aires	6	«Rovela»	zaina	4	51	Saint Gal—Miss Rovel	ch. azul mgs. gr. g. col.
E. Exmoor	7	«Cronge»	zaino	4	49	Júpiter—Elsa	ch. ros. á lam. n. g. r. y n.
S. Girondino		«Calepino»	alazán	3	63	Camors—Belle Rake	ch. neg. bda. y g. punzó
S. Salsipuedes		«Lingote»	zaino	3	47	Gayt Hermit—Mascote	ch. puz. mgs. y g. violeta

Forfait: *Calepino* y *Lingote.*

3.ª carrera—Premio «Marianita»

Para productos de 2 años que no hayan ganado.—Distancia: 1200 metros aprox.—Entrada $ 10.—Premios: $ 400 al 1.º, $ 50 al 2.º—Peso; 54 y 52.—A las 2 y 40.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
E. Chantilly	1	«Chantilly»	zaino	2	54	Progreso—Italia	ch. y g. punzó
S. Uruguay	2	«Quebracho»	alazán	2	54	Litigation—Cantinera	ch. celeste g. blanca.
S. Salsipuedes	3	«Acuerdista»	tordillo	2	54	Progreso—Fornarina	ch. punzó, mgs. y g. viol.
E. Clover	4	«Chulo»	zaino	2	54	Júpiter—Pobrecita	ch. az. mg. oro g. az. y o.
R. Guadalupe	5	«Chazel»	zaina	2	52	Progreso—Aigrette	ch. violeta g. oro
S. Apolo	6	«Bruma»	alazana	2	52	Litigatión—Violeta	ch. turquesa g. colorada
S. Lutece	7	«M. Mantova»	colorada	2	52	Guerrillero—Generala	ch. pz. mgs. y g. amarilla
S. Sorpresa	8	«Gloria»	zaina	2	5[illegible]	Guerrillero—Dinamita	ch. blanca bda. y g. oro
S. Imperio	9	«Amazona»	zaina	2	52	Progreso—Conformidad	ch. vde. g. vde. con rib. n.

4.ª carrera—Premio «Belle Rake»

Handicap para caballos que no hayan ganado más de 1500 $ en todo tiempo.—Distancia: 1800 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait; $ 5.—Premios: $ 350 al 1.º y 50 al 2.º.—A las 3 y 15 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Uruguay	1	«Chipa»	zaina	3	57	Progreso—Vanda	ch. celeste g. blanca
E. Chantilly	2	«Cincinato»	alazán	3	56	Offenheit—Circé	ch. y g. punzó
S. Redención	3	«Dandy»	zaino	5	50	Prometeo—Vivandera	ch. celeste g. colorada
E Clover	4	«Uruguayo»	zaino	3	55	Júpiter—Melilla	ch. az. mgs. o. g. az. y oro
S. Tejera	5	«Chiquito»	zaino	3	53	Express—Favorita	ch. pzó. á lun. blan. g. p.
S. Cuaró	6	«Meca»	alazana	4	52	Guerrillero—Iona	ch. marrón g. oro
S. Cuaró	7	«Suárez»	zaino	3	49	Napoleón—Glicina	ch. marrón g. oro
R. Guadalupe	8	«Veneno»	alazán	5	52	Guerrillero—Ametra'dora	ch. violeta g. naranja

5.ª carrera—Premio «Favorita»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 2000 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: $ 450 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 3.50 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Chantilly	1	«Kartoum»	alazán	4	60	El Amigo—Violette	ch. y gorra punzó
S. Cololó	2	«Digón»	zaino	3	52	Progreso—Ondina	ch. y g. col. bda. y mg. n.
S. Cuaró	3	«Mario»	zaino	4	51	Jonquill—Love Letier	ch. marrón g. oro
S. El Bosque	4	«Clio»	zaino	6	48	Acnerón—Calandria	ch. am. y negra g. color
S. Los Pinos	5	«Lybia»	zaina	6	47	Hervidero—Fornarina	ch. turq. bda. y g. punzó
S. Lutece	6	«Zorro»	alazán	7	44	Oriental—Calaguala	ch. punzó mgs. y g. am.
E. Clover		«Paolín»	alazán	4	55	Bolívar—Bettina	ch. a. ms. oro g. az. y oro

Forfait: *Paolin.*

6.ª carrera—Premio «Remate»

Para caballos de 3 años y más edad que no haya ganado más de tres carreras en todo tiempo.—Peso por edad.—Base de venta: $ 500.—Por cada cien pesos de rebaja 3 kilos de alivio.—Recargo de 3 kilos, por cada premio Remate ó á reclamar ganado en todo tiempo.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Premios: 350 $ al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 4.45 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
E. Exmoor	1	«Nativa»	zaino	3	53	Lucrecia—Ilusión	ch. rosa alam n. g. r. y n.
R. Guadalupe	2	«Veneno»	alazán	5	53	Guerrillero—Ametralla'ra	c. violeta g. naranja
S. Uruguay	3	«Albricias»	zaina	3	44	Progreso—Bettina	ch. celeste g. blanca
S. Las Piedras	4	«Cognac»	alazán	5	53	Camors—Buveuse	ch. bl. lun. pzó. g. punzó
S. Latino	5	«Góndola»	alazana	4	51	Express—Louisse Michel	ch. y g. col. y negra
S. Numancia	6	«Doña Sol»	zaina	5	51	Alerta—Dorada	ch. y g. n. g. oro ray. h.
S. Querandíe	7	«Chorlo»	zaino	4	50	Offenheit—Gargouille	ch. y n. vde. á ray. h. g. v.
S. Recuerdo	8	«Amina»	zaina	3	50	Mivoisin—Mis Bowler	ch. y g. azul
S. Girondino	9	«Garibaldi»	zaino	3	50	Camors	ch. negra bad. y g. punzó
S. Argentino	10	«La France»	zaina	4	48	Paysandú—Lamia	ch. az. m. bl. p. cl. bl. g p.
S. Apolo	11	«Vidalita»	zaina	3	47	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa g. colorada

Todas las carreras se largarán con *Starting Gate.*
La primera carrera se correrá á la **1.30** p. m.
PRECIOS.—Palco, paddock y circo, $ 2.00; palco y circo, $ 1.00; circo, $ 0.50; carruajes, $ 0.50.

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.—Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente **Arturo Salom** — Administrador: AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

18 de Julio, 194 — 1.er piso — **MONTEVIDEO** — R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps. 0.50	Número suelto (atrasado)	ps. 0.30
Por semestre adelantado	» 3.00	Por un año adelantado	» 5.00
Número suelto (los sábados y domingos)	» 0.10	Exterior. Por año adelantado	» 7.00
» » (de la semana)	» 0.20		

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$ 27.04	Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$ 10.20
Demetrio Errausquin—Maldonado	» 13.43	Alfredo M. Luc—Estación Cazot.	» 7.80
Saturnino Mernies—Mercedes.	» 9.00	Marcelino Moas—San Fructuoso	» 31.80
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11.40	Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	» 10.80
Elvira García—Parado	» 9.10	Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	» 15.40
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8 64	Vicente Bravo—San José	» 12.30
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7.40	Gregorio García—San Carlos	» 5.80
Miguel Balvela—Itapebí.	» 14.10	Jesús Sosa—Florida	» 7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRIQUEZ

—Ya volveremos, mi amo, gritó el cochero.

—¡Que el diablo se los lleve!

—¡Amén! dijo la señora inocentemente, al concluir un padre nuestro, sin fijarse en la maldición de su marido, lo que hizo sonreir á Luisa, quien nó se hacía aún cargo de la gravedad de la situación.

III

Pero de pronto lanzó la joven un grito.

—¿Qué pasa? preguntó el padre alarmado.

—Siento los pies mojados.

—¡Caramba, ya entra el agua!

—¡Nos vamos á ahogar! exclamó Athenais llena de espanto.

—Así parece, contestó el caballero. Esos canallas nos han abandonado por completo.

—No quiero morir ahogada, dijo Luisa empezando á perder la serenidad.

—¿Y quién ha de querer morir de esa manera, muchacha? Pero la cuestión está en saber cómo nos salvamos.

—¡Imposible! El agua sube y sube... Ya la siento llegar al tobillo.

Y Luisa se arrojó espantada en brazos de su madre, que acababa de rezar las letanías.

—¡Madre mía, tengo miedo!...

La señora miró con serenidad á Luisa, y la estrechó contra su pecho.

—¿Miedo de qué, hijita?

—De la muerte.

—Esa llega cuando Dios quiere.

—Madre, no hables más de Dios.

—Pues si no hablamos de El en este momento, ¿de qué quieres que hablemos? Haz como yo tu acto de contricción, y acata humilde los designios del Todo Poderoso.

—¡No quiero morir! ¡Déjenme arrojar por la ventana!

Y la joven empezó á dar muestras de un terror pánico, que contagió en breve á la francesa.

—¡Que la voluntad de Dios sea hecha! murmuró la señora, y cerró los ojos, para que las escenas de horror que presentía no la hicieran apartar del Señor sus pensamientos.

El agua seguía subiendo lenta é implacable. Pronto llegó hasta las rodillas de los viajeros, y entonces el pesado vehículo fué suspendido por el líquido elemento, flotó, y lo arrastró la corriente con mucha lentitud.

Luisa quiso abrir una de las portezuelas; pero la presión del agua se lo impidió. Se arrojó del lado contrario, hizo un esfuerzo desesperado, pero igualmente inútil.

Y rápida como el pensamiento, antes de que su padre pudiese detenerla, se arrojó por la ventanilla, siendo arrastrada por la corriente.

IV

Un grito de horror lanzado al mismo tiempo por el padre y la intitutriz, hizo que la señora abriese los ojos; y al notar la ausencia de su hija, preguntó azorada:

—¿Dónde está Luisa?

—¡Socorro!.. gritó Luisa, con voz sofocada y llena de angustia, á más de diez metros de la diligencia

El padre, desesperado, forcejó por abrir la puerta del coche; mas sus esfuerzos fueron vanos. Quiso pasar por la ventanilla; pero también fué inútil su intento, á causa de su corpulencia.

La confusión que reinaba en la diligencia era indescriptible.

El padre gritaba, ofreciendo una fortura á quien salvara á su hija; la institutriz lanzaba exclamaciones y gritos de desesperación, mientras la madre hacía promesas exageradas á todos los santos del cielo, por la salvación de su hija.

Y Luisa, cada vez más lejos, pedía socorro, cuando lograba sacar la cabeza del agua.

La diligencia flotaba pesadamente, arrastrada por el agua y por las mulas, que hacían esfuerzos desesperados, guiadas por el instinto, para ganar la parte alta, donde estaba refugiada la escolta.

V

Martín Varela con su gente llegó hasta la orilla del camino, donde tenía lugar la catástrofe.

—Mi jefe, le dijo el sargento Medina, tocándole irrespetuosamente el brazo.

—¿Qué hay? preguntó el jóven, sin ofenderse por aquella familiaridad, pero alarmándose, como si comprendiera que grave motivo obligaba á cometerla á hombre tan subordinado como lo era San Cristóbal.

—Fuerzas reaccionarias, respondió Medina, señalando á los jinetes que formaban la escolta del francés.

—¿Son reaccionarios?

—Sí, mi jefe.

—¿En qué lo conoce usted?

—Tienen uniforme y andan menos rotos que nosotros.

—Tiene usted razón, dijo Varela, deteniéndose.

Los soldados se agruparon en rededor del jefe.

—Son treinta lanceros, el oficial y cinco hombres más, dijo Medina.

—Tal vez sean prisioneros que llevan.

—Con permiso de usted, mi jefe, creo que no son prisioneros.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque también están armados.

—Preciso es averiguar quiénes son.

—Ya nos han visto, mi jefe; pero ni ellos pueden venir para acá, ni nosotros podemos ir á buscarlos.

—Cierto es.

—Están prisioneros, hasta que baje la inundación.

—¿Qué es aquello que está más lejos, allá, abajo de la isleta en que se encuentra la escolta? preguntó Varela.

—Con permiso de usted, es una diligencia que parece atascada.

—Acerquémonos á ella, costeando por la parte alta.

Y olvidándose Varela del enemigo que tenía al frente, en doble número, á tiro de fusil, llevado por su carácter aventurero y gene-

(Continuará).


LA ALBORADA
Schotis-Gavota
Sara Peragini
Introduccion
Allegretto
Piano
delicato p
cresc
FIN
D.C. al FIN